

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI

San José, Costa Rica

1939

Sábado 4 de Noviembre

Núm. 21

Año XX — No. 877

En este número:

El drama de Alfonsina Storni... *Manuel Ugarte*
Alfonsina Storni *R. Brenes Mesén*
Homenaje del Senado argentino
a Alfonsina Storni
Comentario *Carmen Lyra*
Dos fragmentos de *Barrio* *Montiel Ballesteros*
Fauna mexicana (y 2) *Juan B. Salazar*
Tres modos de leer *José Luis Sánchez-Trincado*
«Animo para siempre» *Emma Pérez*
La soledad *Alberto Baeza Flores*

Poemas sufridos por España .. *Emma Pérez*
3 poemas *Alberto Baeza Flores*
Benito Lynch versus Juan Valera
Referencia al libro: *De la propia vida* *Samuel Arguedas*
Amalia de Sotela
Noticia de libros
La acción contra el tirano: *El general Bebevidas* *Alberto Giraldo*
Augusto César Sandino *Angel Miolán*
Tablero

El drama de Alfonsina Storni

— Envío del autor. Viña del Mar, Chile, setiembre de 1939 —

Me tocó hablar en nombre de la Sociedad Argentina de Escritores el 27 de octubre de 1938, cuando sepultamos en Buenos Aires los restos de Alfonsina Storni; y al escribir ahora su nombre siento la misma emoción que en aquel momento velaba la voz.

Tenía por ella un culto. No sólo porque hizo oír en América — con Delmira Agustini y Gabriela Mistral — las notas líricas más puras, sino porque merecía, personalmente, por su sinceridad y su limpieza de alma, la más alta consideración y respeto.

La conocí en 1913, cuando escribía sus primeros versos, ajenos, parece inútil decirlo, a la originalidad decisiva que debía darle después tanto renombre. La amistad de un cuarto de siglo se consolidó a mi regreso de Europa, en 1935. A menudo nos encontrábamos en las calles centrales de Buenos Aires. Almorzábamos o cenábamos juntos. En su charla retozona y llena de fantasía no había lugar nunca para las miserias literarias. Su noble espíritu ocultaba las heridas, sin una reconvención, como si tuviera el pudor de la maldad ajena.

Pocas almas he hallado tan superiores y al mismo tiempo tan humanas, tan familiares en la expresión y en el trato.

Cuando me leyó sus primeros «antisonetos» — a mi manera de ver, de mérito menor, dentro de la jerarquía de su obra — le dije francamente mi pensar. Y fué de ver la risa espumosa que provocaron las reservas cordiales:

— Tú ya estás viejo, Papito — me decía — no comprendes estas cosas nuevas... Es lo mejor que he logrado hacer...

Y como yo replicase que, aunque Salvador Díaz Mirón creyó también renovarse al publicar «Lascas», son y seguirán siendo sus estrofas a Gloria las que se recitarán en América, se reía ruidosamente.

— Es que yo ya no tengo corazón — me declaró, cortando el pleito — no siento los temas de antes; en cambio, me emociona lo que puede significar, en sugerencias y en símbolos escalonados, una oreja, una naranja, un objeto considerado vulgar...



Alfonsina Storni

Así tomaban cuerpo sus paradójales travesuras.

Bajo mis ojos están los dos libros últimos, con los autógrafos que transcribo porque revelan un carácter: en *MASCARILLA Y TRÉBOL* «al gran Manuel Ugarte, su amiga de siempre», y en *ANTOLOGÍA POÉTICA* «para Papito Manuel, deseándole infinitas vírgenes».

La adversidad no tenía acción sobre las reacciones de su alma infantil y así la vimos hasta los últimos días, haciendo chistes, sin tomar nunca un aire importante, sin «literatear».

Cuando se produce ese milagro que es el nacimiento de un poeta auténtico entre millones de seres, es decir, cuando aparece el espíritu que logra captar las corrientes de la atmósfera y recoger la partícula de radio que hay en los corazones, debe imponerse, por lo menos, un movimiento de respeto. Para Alfonsina sólo hubo, en cambio, desde el principio hasta el fin, la jauría desenca-

denada. Se le reprochaba el hijo natural, que ella reivindicó noblemente y exhibió como un trofeo. Se la hizo blanco constante de las maledicencias más incómodas. Y sin embargo, era fundamentalmente buena. Su alma de cerezo florecido tuvo la libre e ingenua sinceridad de la naturaleza y de los niños. Tan limpia fué la inspiración, que hasta en la brega con sus enemigos, que ella diluía en paradojas desconcertantes, aparecía en todo momento la emoción que dió a su poesía matices de perdurable sencillez.

La Argentina se parece mucho a Estados Unidos por el materialismo imperante. Materialismo, el nuestro, sin banqueros filántropos, claro está, sin millonarios excéntricos, sin divorcios sensacionales de estrellas de cine, sin la fantasía y la nota inesperada de jazz que en el Norte rompe o rescata a veces el monótono tintinear de los dólares que se cuentan sobre el escritorio. Este materialismo menor, desprovisto de las proporciones gigantescas que, escapando a todo precedente y toda línea, alcanzan en New York o en Chicago cierta solemnidad ciclópea, impone a la vida un ritmo inadecuado para preservar la sincera sentimentalidad autóctona que puede dar lugar, dentro de la universalidad de la lírica, al matiz individual o local que sitúa al poeta.

Hay una especie de aversión física contra todo lo que sale del nivel anodino en que se realiza la rotación habitual. Remontarse al ensueño resulta un impudor. La opinión, en su mayoría, se aplica a castigar con el descrédito, a extinguir, si es posible, los brotes.

Hugo de Soulignac nos ha contado cómo se inició Alfonsina en las letras:

«Una noche, para mí memorable, apareció en el círculo una chica casi adolescente, acompañada de una figura familiar en el cenáculo. Previamente las presentaciones de estilo, tomó asiento en torno a la mesa y allí permaneció callada, sin pronunciar una palabra, durante toda la velada. Apareció otra noche y otra más, siempre silenciosa, pero atenta a las conversaciones y al ambiente. Sus

ojos pequeños, de un color esmeralda diluido, iban de un extremo a otro del salón, inquietos, escrutadores, para retornar, impasibles, al núcleo circundante, donde se debatían los temas más variados: política, literatura, chismes de la farándula, etc. Con el deseo de atraerla y hacerla partícipe de nuestras charlas de sobremesa, alguna vez la interrogué pidiéndole opiniones acerca de los motivos en discusión, unas veces triviales, otras de trascendencia circunstancial, nunca solemnes ni académicos. Y entonces oí de esa criatura, al parecer insignificante, palabras y juicios que me hicieron pensar y que ahora recuerdo emocionado, a través del tiempo, en presencia de la tragedia de la vida. Como todas las cosas humanas, con la demolición del Aue's Keller, el cenáculo se dispersó. Fieles al ambiente de camaradería sólo quedamos unos pocos y, entre otros, la frágil criatura de ojos esmeraldinos, ya más sazónada y dueña de su personalidad. Entonces hablaba y discutía a la par nuestra, con un extraño dominio de los temas que pasaban sobre el tapete, desconcertando al modesto auditorio con sus juicios certeros y sus frases paradójales. Supe después que era maestra normal, egresada de una escuela casi desconocida, de ascendencia humilde».

En los últimos años, hasta pocos días antes de su desaparición, se alojaba en un cuarto exiguo de una modesta casa de pensión de la calle Bouchard, cerca del puerto. Con los modestos quinientos pesos que le producían sus cátedras no era posible ambicionar más.

La pobreza del artista en los centros intelectuales de Europa está compensada por un ambiente propicio, que ofrece el desquite de otras satisfacciones. Hay núcleos intelectuales coherentes, calor entre los que sueñan, ciudades históricas, una tradición de respeto por el esfuerzo intelectual. La pobreza no excluye la dignidad, ni es obstáculo a la jerarquía. El denominador es el valor pensante o moral, mientras que entre nosotros el denominador es la capacidad monetaria.

Una tarde nos encontramos por casualidad en el bar Boston de la calle Florida con Tulio Cestero, Ministro de la República Dominicana en la Argentina. Y aun resuena en mis oídos la voz de Alfonsina Storni:

—¿Por qué no me invita a ir a dar conferencias o lecturas a su país? Haga cualquier cosa... Sáqueme de aquí...

Cestero, compañero excelente pero cauteloso, contestó que él representaba a una República pequeña, sin muchos recursos pecuniarios y que no se creía autorizado a proponer la visita a su Gobierno.

Esto ocurrió pocas semanas antes del suicidio y debo confesar que es la única vez que me pareció ver a Alfonsina emocionada. Sólo comprendí plenamente después, cuando sus palabras se amplificaron en el recuerdo:

—Haga cualquier cosa... Sáqueme de aquí...

Los fuertes se van generalmente sin contar sus desilusiones, con el dolor bien apretado, bien secreto, como si comprendieran que se han equivocado de mundo. En los momentos de prueba se acogen más bien al tono desprecu-

pado y burlón. Así me dijo la última vez que nos vimos.

—El día en que me sienta cansada de vivir me pondré una lata vacía en el lugar en que antes tenía un seno (había sido operada) y me tiraré un tiro, apuntando bien.

La fórmula extravagante anunciaba una de sus bromas habituales. Pero corría una lágrima debajo de la burla. Como los viejos elefantes se esconden para morir, ciertos espíritus se encierran dentro de sí mismos, sin dejar sospechar su desamparo. Reacción milenaria de la bestia herida que se siente en situación desventajosa y evita dar el espectáculo de su disminución.

Así cayó, en la trágica soledad de las grandes almas, mientras dejaba un zapato al final del muelle para marcar el sitio desde donde saltaba al mar, murmurando acaso, a flor de labios, irónicamente, aquella estrofa suya tan repetida:

*Buenos Aires es un hombre
que tiene grandes las piernas,
grandes los pies y las manos
y pequeña la cabeza.*

En los últimos meses aspiró al premio municipal de poesía, que fué otorgado, como es de práctica, a otro poeta de importancia menor. Gestionó en vano también, la subdirección del Conservatorio Nacional. Más que de un cálculo deliberado, nacieron probablemente las omisiones del desconocimiento y la dejadez. No existió acaso el propósito de postergarla. Pero en la epidermis sensible, herida tantas veces, los inmerecidos fracasos clavaron su estilete mortal.

Los que estudien mañana la literatura argentina tendrán que avanzar como en la selva virgen, desbrozando la vegetación inútil para apartar los brotes buenos. Nada será más difícil que orientarse, porque, en medio de la maleza, resulta el cardo a menudo más abundante y prestigioso que la rosa. Olvidando que se puede parafrasear la leyenda de la Universidad de Salamanca (lo que Natura no dá, sufragio universal no presta), una falsa interpretación de la democracia empuja a gritar desde todos los rincones: ¿por qué él, y no yo? La desatinada nivelación de valores crea igualdades en el vacío, a riesgo de que se reflejen mañana en nulidad colectiva.

Falta la responsabilidad artística y la fiscalización de una opinión preparada que juzgue y obstaculice el fraude.

La poesía de Alfonsina Storni, toda en fibra y en tensión de alma exaltada, tiene líneas tan netas y excluyentes que no puede ser confundida ni comparada con ninguna voz desconocida. Hirsuta en la acometividad, tajante en el vuelo, no deriva de la búsqueda artificiosa de una novedad calculada, sino del abandono total de la personalidad auténtica que tuvo resonancias de caracol marino y recogió y amplificó las vibraciones del corazón como las del mismo mar, su amigo, cuyas olas recuperaron momentáneamente lo que, por ser grande, creyeron que les pertenecía.

Fué un maravilloso puente sentimental entre la vida terrestre y esa vida sideral, mal descifrada, que todos llevamos en el fondo de nuestras almas y que sólo despierta al conjuro de la fórmula milagrosa, hallada en una iluminación por el verdadero poeta, fórmula que después repiten y agradecen las generaciones. Cuando se haga mañana el recuento y la clasificación de la cosecha contemporánea dentro de las letras argentinas — y en un campo más vasto, dentro de la producción latinoamericana — se comprenderá mejor la poesía de Alfonsina Storni, tan femenina y tan fuerte, tan íntima y tan generosa, que levanta como un temblor de hojas primaverales en los bosques secretos del reino espiritual.

Los bosques materiales, los de la tierra, fueron acaso ejércitos inmovilizados por la justicia de los dioses. Marcan el paso en los siglos sin esperanza de reanudar la marcha. Por eso se han dormido las raíces en un esfuerzo para libertarse y se han detenido las ramas en una plegaria o en una imprecación. Pero en los bosques intangibles, en los bosques líricos del universo interior de los poetas, no hubo nunca encantamiento que logre perdurar. Por los siglos de los siglos seguirán batallando con las quimeras, ajenos a toda prudencia y toda ley. Tal es el drama eterno que determina en la vida de los escritores los dramas individuales.

MANUEL UGARTE

John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir Royal (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos úe Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calculár MONROE.

Refrigeradoras Eléctricas NORGE.

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX.

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN.

Frasquería en general (Owens Illinois Glass C.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH, Socio Gerente - RAMON RAMIREZ A., Socio Gerente

Alfonsina Storni

— De *Revista Iberoamericana*, órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. México, D. F., mayo de 1939 —

Tomó la madrugada por los hombros y se abalanzó al mar con ella. La recogió y la arropó el silencio en la playa. A la tierra la devolvía santamente el mar. La tierra le había devorado la frescura de su primera juventud.

Se le había despuntado la aguja con que hilvanaba el encanto del vivir a la esperanza del encuentro de un hombre digno de ser amado.

Ella creyó haber dicho ya sus últimas palabras, cuando confió a la noche del 23 de octubre las páginas en blanco de su vida, sobre las cuales se negó a escribir otra respuesta a su destino. En su poema «Dejadme llorar» ella repite: «Mis palabras están todas dichas...» «Palabras y cosas, ya sois para otros...»

A lo largo de su último libro, «Mundo de siete pozos», brota como una voz otoñal que parece decir: la fuente de mis días está exhausta; toda mi vida está ya vivida. Todavía sueña, pero esos sueños tienen en suspensión los gránulos de arcilla de los sueños que pasaron finalmente por el polvo de la tierra.

Hay en este libro un dejo de fatiga, un leve sabor amargo de vida sin disfrute, de resequa uva que no llega a ser pasa.

En el poema que llama «Uno», nos atreveríamos a pensar que está a punto

de descubrir respuesta a su perenne pregunta: ¿Será éste el hombre que esperaba? Parpadea la flámula de un sensual deseo. Mas nada ni nadie responde a su pregunta. En la barca de su desencanto la transitoriedad guarda en su equipaje todos estos ensueños múltiples.

Vivió su existencia en la íntima agitación de un drama que deshojó su primavera. En una carta suya, refiriéndose a sus contemporáneas, y a sí misma, escribe estas palabras: «Somos todas hijas del instinto femenino, ahogado durante largos siglos y flotante ahora en nuestros versos a través de modos anímicos personales.

«En Juana, como usted maravillosamente lo ha comprendido.

«En Gabriela, gimiendo por el hijo no obtenido, por la piedad al hombre, por el amor truncado que le devoró la juventud.

«En mí, comprendiendo este drama: Soy superior al término medio de los hombres que me rodean, y físicamente, como mujer, soy su esclava, su molde, su arcilla. No puedo amarlo libremente: hay demasiado orgullo en mí para someterme. Me faltan medios físicos para someterlo.

«El dolor de mi drama es en mí superior al deseo de cantar y voy por eso más, al canto puro.

«El pensamiento se enreda a mi instinto y lo ahoga, lo debilita, lo tritura».

Los años pusieron más grave acento a su drama interior.

En su poema «Crepúsculo», la última estancia dice:

*Paredes de agua
me harán cortejo
en la tarde
resplandeciente.*

Y en «Luna de marzo sobre el mar» se lee:

*Sarmiento es mi cuerpo,
pardo y seco
clavado en la fría
flor del mar
cuyo fondo de hielo
esmeralda
desea.*

Y, sin embargo, no se labró su tumba en los cristales del mar. Ella arrojó a las olas la enamorada muerta que llevaba consigo. Por muchos días, en nombre de la muerta adorada y compadecida, ella había ido agitando el pañuelo de su adiós a la vida.

La literatura de América le debe la revelación de una alma femenina frente a frente del varón. Le debe la visión de un mundo mirado al través de unos ojos y de un corazón orgullosamente femeninos.

R. BRENES MESÉN

Homenaje del Senado argentino a Alfonsina Storni

— Del Boletín de la Cámara de Senadores de la Nación. B. Aires, 21 de noviembre de 1938 —

SR. PALACIOS.—Pido la palabra.

Voy a distraer la atención de los señores senadores para hablar de un asunto que no está incluido entre los que deberá considerar este alto cuerpo, pero que acaso tenga relación con el patrimonio espiritual del país.

Corrientes de sensualidad, oportunismo y corrupción agitan al mundo, amenazando la vida de nuestro pueblo. Es ésta, señores senadores, una época de fácil enervamiento y de abandono de los ideales, por imposibilidad de realizarlos. El ideal es una aspiración que implica un acto de voluntad para conseguirlo. Sin voluntad no hay posibilidad de ideal.

Tácito refiere cómo en un día de batalla, las legiones romanas no pudieron enclavar sus estandartes en el suelo anegado de Germania. Así, nosotros, no podríamos mantener firme, en la ciénaga, el asta de nuestra bandera, que es expresión del espíritu.

Nuestro progreso material asombra a propios y extraños. Hemos construido urbes inmensas. Centenares de millones de cabezas de ganado, pacen en la inmensurable planicie argentina, la más fecunda de la tierra; pero frecuentemente subordinamos los valores del espíritu a los valores utilitarios y no hemos conseguido, con toda nuestra riqueza, crear una atmósfera propicia donde pueda prosperar esa planta delicada que es un poeta.

Asistimos, actualmente, a una reacción antiemocional; se declara tabú a los sen-

timientos y se nos ofrece como norma ideal, la índole materialista, implacable y exacta de la máquina.

A esa deshumanización creciente de la vida, debemos contraponer la cualidad cordial y emotiva que está en la esencia de nuestro pueblo, cuyo destino no es un apocalipsis sino un nuevo génesis.

Disminuir el imperio del negocio y llevar un poco de blanco y azul a la conciencia de las naciones: he ahí nuestra principal tarea, expresada magistralmente por nuestro magnífico poeta, Leopoldo Lugones.

Hay una triste jactancia que tiene acentos beocios, como lo observara Manuel Gálvez, en el desdén con que alude al escritor y, especialmente al poeta, todo el que se siente dueño de una posición política o social.

No es esa, sin duda, una expresión de cultura de la cual nos podamos envanecer. Demuestra, por lo contrario, que a pesar de la índole emocional de nuestro pueblo, no hemos logrado aún sobrepasar el ambiente agropecuario ni sobreponernos a los afanes materiales.

En dos años han desertado de la existencia, tres de nuestros más grandes espíritus, cada uno de los cuales bastaría para dar gloria a un país: Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga y Alfonsina Storni.

Algo anda mal en la vida de una nación cuando, en vez de cantarla, los poetas parten, voluntariamente, con un gesto

de amargura y de desdén, en medio de una glacial indiferencia del Estado.

Los poetas entran en el misterio de las cosas; nos revelan la belleza y predicán por los caminos, el evangelio del desinterés, para que no se amonedan los corazones. Son los enviados con un fin de expresión—lo dijo magistralmente Emerson—, inspirándose en otro más grande que él: Carlyle.

El poeta es el que dice, el que nombra, el que expresa la belleza. Ve fundirse y metamorfosearse las cosas y observa que en la forma de cada criatura existe una fuerza que le impulsa a elevarse a una forma, siempre mejor.

Los poetas espiritualizan la existencia, despiertan el instinto del heroísmo; afirman que el honor vale más que la vida, y nos apartan del peligro de convertirnos en Sidón o Cartago.

No permanezcamos indiferentes ante los poetas y seamos capaces de crearles una atmósfera propicia. Comencemos, hoy, nosotros, que rendimos homenaje, a veces justicieramente, a los personajes oficiales, por tributar a la memoria de Alfonsina Storni, el que merece su obra, significando así nuestro recuerdo respetuoso a los valores creados por aquel alto espíritu, que son hoy un bien nacional.

Alfonsina Storni, vencida por la enfermedad, la pobreza y la incomprensión, fué nuestra poetisa de mayor alcurnia, por la fuerza de su talento poético y por su idealismo militante. Ha sido considerada como una gran expresión de la poesía castellana y argentina, que trajo a nuestro idioma matices renovados en el

arte lírico; poetisa comparable por su seriedad fundamental y su don imaginativo con las mejores de otros países.

Ha enriquecido el tesoro común de nuestro idioma, dando un sentido más puro al lenguaje de la tribu, como decía Mallarmé de Edgardo Poe.

Con Gabriela Mistral y Juana de Ibarburou ha realizado para honor de la América española, una obra de cultura en la que se percibe el impulso cons-

tructivo y el crecimiento casi biológico del telar.

Es que, en realidad, ellas han tejido con fervores maternales, un sentimiento de comunión cordial entre los pueblos, despertando la emoción fraternal que parecía embotada.

Señores senadores: Pido que nos pongamos de pie en homenaje a la gran poetisa argentina Alfonsina Storni.

—Asentimiento

Comentario de Carmen Lyra

Se trata de la novela «Barrio» de Montiel Ballesteros

San José, Costa Rica, América Central.
Octubre 7 de 1939.

Mi estimado Montiel Ballesteros, en Montevideo:

Le escribo esta carta a través de REPERTORIO AMERICANO. Un saludo muy cordial para Ud. y un comentario para su novela BARRIO, que es uno de sus libros que más me ha gustado. Lo hice leer a algunos amigos míos y pasamos un rato bueno comentándolo.

BARRIO está formado por una serie de cuadros y escenas que todos conocemos, que hemos visto pintar por la vida sobre el lienzo del espacio y del tiempo. Al leer su novela, he tenido la impresión de que de los rincones de mi memoria iban saliendo a la luz muchas imágenes. Algo así como esas calcomanías con que juegan los niños: paisajes y figuras en colores que van apareciendo conforme el dedo humedecido remueve la película de papel que las cubre. En su barrio de Montevideo está resumido todo el proceso de desarrollo de barrios en los últimos tiempos a lo largo del continente americano. Así hemos visto formarse nuestros barrios en San José de Costa Rica: el Keith, el Luján, los barrios sórdidos de la Cruz Roja. Dijérase que la ciudad hubiese ido arrojando de su recinto a los pobres, como una ama de casa espanta a las gallinas para que no molesten ni ensucien. Son estas gentes las que van poblando los baldíos de los alrededores de la urbe. Su novela es un resumen pintoresco del nacimiento y desarrollo de uno de estos barrios populares: desde las vísperas, como si dijéramos, cuando el terreno está ocioso y sirve lo mismo para nido de parejas de los suburbios que de basurero, hasta cuando los esfuerzos de los vecinos más progresivos llevan la cañería y ponen un tubo público en el centro del poblado y la luz eléctrica a alumbrar calles y casas.

Por sus páginas desfilan tipos, escenas y paisajes tristes, sucios, secos o viscosos, mezquinos, con los cuales nos ha familiarizado nuestra lucha diaria, sin quitarnos por eso el anhelo de borrarlos de la tierra: son los tipos amarillos que comienzan a influir en el destino del futuro barrio, antes del remate. «Por allá, entre el maremagnum gris, amasacotado y mohoso de los edificios, entre ese organismo sórdido, áspero y tumultuoso que forma la urbe, unos hombres amarillos y calvos, unos seres graves como monos enfermos, tristes y anteojudos,

manipulan fúnebres actas de defunción' apolillados papeles sellados, trezado galope de letrerío negro, que terminan por descifrar y cuya jerigonza reza que nuestro campito tiene un dueño quien termina por solicitar al Municipio su delimitación, su amanzanamiento y nomenclatura»: es el inspector «que habla como los expedientes»; son los enfermos que se ven obligados a acogerse a la «caridad» fría de los hospitales; son los niños que por allá Uds. llaman «botijas» o pibes parecidos a nuestros limpiabotas y vendedores de periódicos; son los vicios, es lá prostitución.

Y sobre el área polvorienta o barriolosa, según las estaciones, pero siempre sucia, con sus casuchas feas y sus gentes mal vestidas y mal alimentadas y sus comadres chismosas, el optimismo del autor busca y encuentra los pastitos verdes, el sol, el cielo, el viento y las estrellas para los que no existe la propiedad ni límite, ni contrato de venta; el italiano sillettero que dijérase un lector de Virgilio, que en cuanto está en posesión de su pedacito de tierra lo siem-

bra de árboles y parras y de quien Montiel Ballesteros dice: «lo realmente heroico lo ven los atardeceres y las madrugadas en que arquean al gringo viejo dos latas de kerosene, que rebosa de agua del arroyo y acarrea afanoso y tenaz, hasta que ha dado de beber a toda aquella su múltiple prole vegetal; el «campito», después del remate, y que el autor pinta con el encanto con que el viejo Fabre pinta su «harmas», aquel «rincón de tierra abandonado, estéril, abrasado por el sol, favorable a los cardos y a los himenópteros», en el que canta la curruca entre las lilas y el verderón entre un macizo de cipreses; allí está también Sabadell el catalán: es un tipo que se repite en todos los barrios populares y que uno llega a querer y a estimar, el idealista, el revolucionario, aquel que afirma convencido: «Despertarán un día los hombres! Despertarán o los despertaremos».

Mucho he gozado leyendo su libro, Montiel Ballesteros, y me alegro de que lo haya escrito.

¡Cuántas veces lo he recordado a Ud. y aquellos días ya tan lejanos, en que me llevó a vagabundear por las seculares calles de Florencia y a oír las canciones napolitanas acompañadas de mandolina en las orillas del Arno! ¡Pobre pueblo italiano, tan noble y tan digno de mejor suerte que la que le deparó el Duce! Ya en ese Primero de Mayo que estuvimos juntos en Italia, estaba encima la Marcha sobre Roma y el fascismo criminal en vísperas de desencadenarse sobre el mundo. ¡Cuánta agua ha corrido desde entonces bajo los viejos puentes de Florencia!

Bueno, Montiel Ballesteros, lo saludo con cariño y estimación.

CARMEN LYRA

Dos fragmentos de «Barrio»

— Selección y envío de Carmen Lyra —

El Campito

Una calle vieja, que ha salido de la ciudad a correr mundo, se enamora de aquel rinconcito verde y solitario y allí se queda, disolviéndose, desparramándose en el ancho descampado baldío.

Cinco, seis hectáreas de terreno irregular ondulan suaves, cubiertas de yuyos y de gramillas, cortadas por un arroyito limpio, de vida precaria, al cual en estío, a menudo lo beben los ávidos lengüetazos de fuego de unas semanas de seca.

Única decoración—sobre el horizonte cambiante—empínase un ombú, agobiado de cansancio y de años, protegiendo unas taperas informes y pardas.

Unos caminos zurdos, de curvas dóciles, se cruzan al azar de pasos vagabundos.

Un rectángulo plano, con unas desvaídas rayas de cal y los dos manchones violeta—pelada en el vello verde del campo—de la cercanía de los goles, designa una cancha de football, dinamizada los sábados y domingos por los pibes de los barrios cercanos.

Entre algunas matas, junto a los malvaviscos de raíz tenaz, a la cepacaballo, a los cardos plateados, a las carquejas—rígidos festones de claro verdor—anida algún chingolo rastrero y gaucho, vecino de las ranas escandalosas que croan, gimiendo, entre los berros florecidos, junto a la húmeda frescura de la corriente.

Algún atardecer, unos gandules, mal enfachados, vienen a echarse a fumar sobre el pasto, a hablar de hembras o a combinar alguna ratería.

Un transeunte receloso, perdido, pasa silbando, abanicando ojeadas de desconfianza.

Una barra de muchachones medio borrachos, llora el dolor de un tango.

Y contada pareja, hambrienta de soledad y de misterio, el brazo por el talle, la boca en la boca, beodos de amor, entran en ese paraíso desolado y trágico, donde, sin embargo, existe algún suave declive de arena dorada, en estío, tibia y muelle como un lecho.

Por allí viene el carro que no sabe

donde arrojar una carrada de escombros, un montón de oxidadas latas inservibles; por allí hurga, encorvado, en búsqueda inútil e ilusa, esa figura de aguafuerte, el prójimo roto y barbudo, el bichi-coma, que lleva al hombro una bolsa llena de nada, igualito al espantajo con el cual, haciendo bronca la voz, se asusta a los chiquilines: «jese es el hombre que se roba a los niños!»

Que sé yo! Allí—como arrojándole pasto a la crónica policial—amanece un desconocido acribillado a puñaladas; perros vagabundos desentierran un recién nacido, que oculta un drama de amor; allí rueda algún borracho que, al despertar, ignora para dónde iba.

Allí mueren en un estertor desmayado los silbatos agudos de las fábricas, ecos—al parecer—de submarinos klaxones lejanos; el chirriar áspero del tranvía que, huyendo del Cementerio del Buceo, gira en la calle Comercio; el clamor de la ciudad, que despierta con los gallos de arrabal y se duerme bajo el manto helado de la medianoche, entre la indiferencia de las estrellas y los fríos ojos de vidrio de la luz eléctrica.

Por allí continúa rodando el tiempo, la luz, la sombra, las estaciones, el sol, la luna, los astros...

El viento del invierno—mojado del agua salada del mar—llega del Sur, mordiéndolo y quemando las hierbas. Luego de las lluvias que lavan los cielos, ya llenos de gracia con el plácido vuelo de las gaviotas o encogidos ante los flechazos negros de los maragullones rápidos como una saeta, irrumpe la primavera con su renacida coquetería femenina, reverdeciendo la tierra, prendiendo florecillas en la solapa de todos los yuyos, nevando de diminutas corolas al berro y amontonando en las barranquitas del arroyuelo las lindas espumas rosadas de los huevos de los caracoles.

Los elementos, las fuerzas naturales, parece reconquistaran aquel rincón un poco salvaje—limitado por el gran mordisco de una cantera abandonada—en cuyo linde, como si no se atrevieran a hollarlo, se alzan áridos, los muros huérfanos de reboque de las últimas casas de la ciudad.

Pero es una ilusión.

Por allá, entre el maremagnum gris, amasacotado y mohoso de los edificios, entre ese organismo sórdido y tumultuoso que forma la urbe, unos hombres amarillos y calvos, unos seres graves como monos enfermos, tristes y anteojados, manipulan fúnebres actas de defunción, apolillados papeles sellados, trenzado galope de letrero negro, que terminan por descifrar y cuya jerigonza reza que nuestro campito tiene un dueño, quien termina por solicitar al Municipio su delimitación, su amanzanamiento y nomenclatura.

A los naturales y escasos frecuentadores del baldío se suman ahora empleados que vienen y se van, cual si temieran ser víctimas de una intoxicación de salud, de silencio, de poesía... un sujeto con polainas, sombrero colonial y un teodolito, que, por el ojo de cíclope de su aparato, mira una gran regla raduada que unos peones sostienen a distancia, mientras él negrea de guarismos una libreta.

Clavan y desclavan picas con banderolas rojas y blancas, jugando en grande a los mariscateos de los que siguen las guerras sobre los mapas pasivos y, tras unos días, tres o cuatro nuevos personajes, descargan de un carro unos tirantillos, los afirman en tierra, y sobre ellos fijan un gran letrero de lienzo, que impone el escándalo de sus letras llamativas.

Una casa de hombre

Corre una semana, dos...

Las hierbas holladas por el ajeteo del remate readquieren su natural posición e insisten en afirmarse, en ahondar sus raicillas tenaces, desde las cuales van a subir, como un canto, flores y frutos y semillas.

¿Inútiles decís?... ¿Lo serán, la espina de carnero, con su pomponcito lila; el abrojo, tan seguro de sí, con sus hojas ásperas de olor ácido y excitante, con sus múltiples pinchos y su pasión invasora; el enhiesto cardo decorativo, con su flor magnífica; los huevos de gallo y las tutías, cuyas dulces esferitas rojas persiguen los chiquilines; la hierva de la perdiz y algún macachín, acompañando a la marcela tónica y a la prolífica manzanilla que, con su flor de oráculo, está alargando hacia los dedos de las doncellas sus pétalos albos que guardan el misterio... La manzanilla humilde, que nieva y dora los baldíos y ayuda a confiar en el destino, mientras la esperanza teje todas las quimeras y las músicas del cielo y de la tierra traducen sueños y lisonjas de amor!

¿No servirán para nada esos bichitos modestos? ¿Y todas las otras vidas ínfimas que medran milagrosamente? Toritos, guitarreros, grillos, sapos, perritos de la tierra, orugas, mariposas?

¿Y ese otro mundo alado, inquieto de vuelos y de píos? Ratonerías, pámulas, mistos, chingolos, gargantillas, los parias, sobre los cuales se perfilan, irradian su

poesía, su júbilo su elegancia, la voladora flor del encendido churrinche, el incansable hornero, la gracia inimitable del colibrí, la línea armoniosa de la tijereta bandolera, y todos esos pajaritos sin nombre, sin color, sin trinos, pero con ese algo de ágil, leve, aéreo, de lo que, por elevarse a voluntad de la pesadez de la materia, nos da idea de una esencia superior a la de nosotros los hombres.

A esas criaturas habría que preguntarles quién se equivoca al estimar inútiles tales existencias que, como la de los árboles, son las elegidas, las predilectas de la Naturaleza, por ser dueños de una pureza inalcanzable y una envidiable virtud, la de bastarse a sí mismos, la de no necesitar someter a los semejantes a infames torturas para arrancarles y usurparles el fruto de su esfuerzo.

Esos, que no compran ni venden, tendrían que ser nuestros maestros.

¿Cuándo estaremos a su altura para juzgarlos?

A esos que, como el espinero, amontona ramas secas y construye su erizada residencia; como el hornero, que amasa con pajitas y barro su construcción maravillosa; esos que tras el endeble reparo de una mata de carqueja construyen un refugio muelle y allí cobijan, cuidan, alimentan a sus pichones y los defienden con una dedicación y un esfuerzo heroico, inaudito, ejemplarizador.

Nos hemos puesto a meditar sobre las casas de los pájaros, sobre el reparo de los insectos y las cuevas de los bichitos, porque el baldío se empieza a poblar, porque el campito, que creyó reconquistar su libertad, va a ver al hombre, al hermano mayor de esas otras divinas existencias, haciéndose un refugio, construyendo un nido para su vida, para su ternura, para su hogar, quizá para su dolor!

.....

Del profeta Martí:

...; cuando la América sagaz veía ya en la independencia de Cuba la de nuestro continente, inseguro sin ella, o con ella, por lo menos, mucho más seguro,— un mexicano de raza india nos amó y nos proclamó;...

José Martí, *Obras*, vol. VII. Habana. 1909. Edición de Gonzalo de Quesada.

Habla José Martí de México, en 1891 y en Nueva York:

¡Saludamos a un pueblo que funde, en el crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo! ¡Saludamos, con las almas en pie, al pueblo ejemplar y prudente de América!

(José Martí, *Obras*, vol. VII. Habana. 1909. Edición de Gonzalo de Quesada).

Este semanario, en los Estados Unidos, lo puede obtener por medio de:

F. W. FAXON CO.
SUBSCRIPTION AGENCY
FAXON BUILDING
83 FRANCIS STREET
BACK BAY
BOSTON, MASS.

Damas y Caballeros

La Sastrería de Francisco Gómez e hijo, ha establecido un plan de sobretodos y vestidos estilo Sastre para damas. ₡ 1.50 semanales en combinación con las dos últimas cifras de la lotería; telas especiales importadas por la casa.

Para caballeros el mismo sistema de ₡ 3.00 y ₡ 2.50 semanales. Puede ser el costo de su vestido ₡ 5.00 y para damas ₡ 3.00.

Avenida Central, frente a Compañías Eléctricas.

Teléfono 3283.

Agente en Puntarenas:
Agustín Brenes Batista

Fauna mexicana

— Envío del autor. México, D. F. —

(Concluye. Véase la entrega No. 7 de este tomo).

El borrego salvaje



UNO de los mamíferos más interesantes de la fauna del Norte de México, es el Borrego Salvaje. Es el representante en nuestro país del Muflon y del Argalis de Europa.

Por el color y la talla se parece al ciervo, y por su fuerte y curva cornamenta, al borrego común. De aquí el nombre vulgar con que se le conoce.

Tanto en la parte superior como en la inferior del cuerpo es de color café, siendo más oscuro en la región inferior del cuello, en las piernas y en la cola. La coloración del hocico es más pálida que el resto de la cara, acentuándose hasta llegar al blanco de la barba. Los cuernos se caracterizan porque son alargados y forman una curva abierta y corta en la base.

Fué el Jesuita Picolo, uno de los primeros misioneros, quien lo observó por primera vez en California el año de 1697, hace doscientos treinta y dos años.

Vive en los barrancos, en los picachos y en las cimas de las más abruptas montañas. Sólo cuando el invierno cubre de nieve los montes, desciende a las planicies o a las tierras más bajas en busca del pasto, de las hierbas y de los cactus con los que se alimenta. Gracias a que pasa su vida en sitios inaccesibles, por donde huye dando grandes saltos y corriendo a todo escape cuando se le persigue, ha podido conservarse la especie.

No existe diferencia sexual bien marcada, apenas si la hembra se distingue por los cuernos que son menos grandes y desarrollados que los del macho. Las crías se han observado entre el período de primavera y el de verano. Durante la época de cría, viven en manadas y uno de los borregos más viejos preside a las hembras, a los machos y a los hijos, conduciéndolos a los sitios donde abunda el pasto y pueden estar más seguros.

El borrego salvaje gusta con avidez del salitre y de la sal. Hacen largas caminatas con cierta periodicidad, a fin de llegar a los cerros y lamer las rocas o la arcilla salitrosa, operación que ejecutan una hora cada dos días. Cuando los cazadores los matan y les abren el abdomen, les han encontrado en el estómago arcilla proveniente de las piedras que han lamido o roído. Su insaciable inclinación al salitre hace que después de algunos años lleguen hasta perforar túneles bastante amplios donde pueden alojarse seis o siete borregos.

H. C. Nelson, en su libro «Country Life» refiere que en compañía de dos amigos pernoctó bajo una tienda de campaña en la cima de

un monte donde habían vivido por algún tiempo algunos mineros. Estos, al lavar sus cacerolas y trastes de cocina, arrojaban el agua cerca de donde se levantaba la choza que ocupaban. Como el agua en cuestión había servido para hervir los alimentos, contenía sal que al evaporarse dejaba residuos en el suelo. Al darse cuenta los borregos de tal hallazgo, iban durante la noche a lamer aquel sitio.

Otra de las características del bovido que nos ocupa es su gran curiosidad. Esta debilidad la aprovechan los cazadores, quienes al descubrirlo, agitan ante él unas banderitas que le despiertan la curiosidad y se acerca tanto que es fácil darle caza; por otra parte, cuando descubren a un cazador, no huyen como otros ani-

males, sino que se aproximan hasta ponerse a tiro.

Su carne es alimenticia y de los cuernos fabrican los indígenas cucharas y cucharones para sus usos domésticos. No es raro ver en las viviendas de los indios, los cuernos del borrego, los que conservan a manera de trofeo.

En México ha estado a punto de extinguirse el Borrego Salvaje. El Gobierno de la República ha prohibido su caza durante diez años.

Se encuentra en Baja California, Sonora y Coahuila. En el Estado de Chihuahua se ha observado cerca del Lago de Santa María, desembocadura del río de Bachíniva.

Vive también en los Estados Unidos al Sur del río Gila, al Este del río Colorado y en el Canadá.

El Borrego Salvaje pertenece al orden de los Artiodáctilos (de dos pares), a la familia de los Bóvidos. Su nombre científico es *Ovis Mexicana*.

El berrendo



Es el representante del antílope del antiguo Continente, Gallardo cérvido de cuernos huesosos, macizos con una saliente y sin ramificaciones, situados sobre las órbitas de los ojos en proyección vertical; de forma comprimida y caducos. Por término medio miden 250 milímetros de largo en línea recta o bien 400 milímetros si se sigue la curvatura.

Es de color rojizo en la parte superior y blanco en la inferior del cuerpo. El blanco en la cabeza presenta manchas negruzcas, y hacia abajo se extiende a las piernas por el lado interno formando un área que va desde los hombros a la parte posterior, exceptuando una faja angosta del color del cervatillo que une el color de la cola con el de la espalda.

Los labios, la barba, partes laterales de la cara y región interior del cuello, son blancos, pero es más intenso el blanco de esta última parte y a medida que avanza va tomando el tinte de las regiones superior e inferior. Un carácter distintivo es la delgada crin de pelos bermejos pringados de negro que llegan hasta la nuca. Carece de glándulas en las pezuñas y de sacos inguinales.

Los pequeños son de color rojizo con círculos blancos, o sea para usar un término regional, de color granizo.

La cabeza es pequeña; las orejas están situadas a uno y otro lado de las astas; son largas, puntiagudas y las mueve constantemente previniendo cualquier peligro. La cola es larga, poblada y aguda. Tiene ojos redondos, brillantes, con pestañas negras, los cuales denotan gran vivacidad. Las extremidades son delgadas y están adaptadas perfectamente para la carrera y el salto.

El macho es más robusto, de cuernos más largos y bien desarrollados que los de la hembra; pero la diferencia más notable es que en el macho existe un punto negro situado en el ángulo de la quijada, en la parte lateral de la cabeza. Tal carácter es constante en todas las edades, en todas las estaciones del año y según algunos naturalistas, se encuentra hasta en el estado fetal.

La hembra da a luz en los meses de mayo y junio, y la gestación dura nueve meses. La madre solícita y cariñosa para evitar que los cervatillos sean presas de lobos y coyotes, acostumbra ocultar a sus hijos en grutas o en sitios seguros en tanto que ellas salen en busca de alimentos. Después de algunas semanas de nacidos, acompañan a la madre en sus correrías o excursiones a los lugares abundantes en pasto. Si por desgracia la madre es herida por el cazador y muere, los cachorros siguen a éste como si fueran perros y se domestican fácilmente.

Viven en manadas compuestas hasta de cincuenta berrendos, prefiriendo para sus correrías los valles o las llanuras de poca elevación donde escasean los grandes árboles y los arbustos que les impidan otear en todas direcciones por donde pudiera llegar su enemigo principal, el hombre. Es frecuente verlos pastar a campo abierto donde encuentran abundancia de zacate, forrajeros y gramineas en general, y sólo obligados por el hambre comen otros vegetales. Es curioso observar el instinto de defensa en ellos. Cuando la manada come tranquila-

mente el tierno y verde pasto, uno de los berrendos ocupa el sitio más alto y allí vigila atentamente, y a la manera de celoso centinela vuelve la cabeza a uno y otro lado. Cuando descubre la proximidad de un peligro corre hacia donde están sus compañeros los que al darse cuenta del peligro que les amenaza, huyen emprendiendo veloz carrera.

Para dormir o descansar eligen las faldas de los montes, pero jamás trepan a la cima. Las manchitas blancas de la coloración ponen su nota en la tierra gris de las colinas donde va a reposar. También sirven de referencia cuando siguen a los machos en la marcha hacia regiones ricas en alimentos o hacia los aguajes a donde se encaminan para apagar la sed.

En la época del celo el macho más viejo de la manada, riñe con los otros disputándose las hembras hasta que logra alejarlos del rebaño quedándose dueño y señor del harem.

En este tiempo en que por el odio sexual se olvidan de la mutua protección y cuidado de que dan pruebas en otras circunstancias, se aprovechan los cazadores para hacer presa en ellos. En la región de Casas Grandes, acostumbran cazarlos disfrazándose con una piel de berrendo macho a la que dan el pintoresco nombre de cazadora. El berrendo cegado por el instinto sexual, por el odio al rival al que confunde con el cazador y cree que viene a disputarle sus conquistas, se acerca a éste y se abalanza. De esta confusión se aprovecha el cazador para matarlo. Las hembras huyen asustadas pero al darse cuenta de que el amante no las sigue, regresan al sitio donde cayó el gladiador. Circunstancia que aprovecha nuevamente el cazador para disparar y hacer blanco en otra víctima. Huyen nuevamente, pero tal es la fuerza del instinto de reproducción, que regresan al sitio de la tragedia y una tras otra van cayendo, dándose casos de que el cruel cazador acabe con la manada.

La especie mexicana se diferencia del berrendo de los Estados Unidos, por el cráneo cuyas órbitas son menos salientes y el labio más abultado en la región de la nariz.

La carne es alimenticia y la piel tiene varios usos; entre otros sirve para preparar finas cabritillas.

Vive en la región de Casas Grandes, en Pozo Verde del Estado de Sonora y en la Baja California.

El Berrendo pertenece al orden de los artiodáctilos, a la familia de los antilocápridos. Nombre científico, *Antilocapra americana mexicana*.

El elefante marino



DESPUÉS de la ballena, es el mamífero más grande de las focas, las morsas y demás animales marinos. Por su notable corpulencia, por la facultad que tiene de dilatar la nariz y formar una especie de trompa, se le da el nombre vulgar de Elefante Marino.

Mide generalmente cinco metros de largo; pero los más grandes llegan a alcanzar ocho metros de

longitud, con peso de una tonelada.

Los jóvenes son de color café-gris, en tanto que el adulto es café amarillento. La piel es sumamente gruesa, pues en la región del cuello tiene dos y medio centímetros de espesor. Para protegerse de enfriamientos rápidos, el cuerpo está revestido de una capa de grasa que llega a tener en algunos sitios un decímetro de profundidad.

La trompa es larga, carnosa y mide, desde la región de los ojos a la extremidad unos cuarenta centímetros de largo. Cuando el elefante gruñe o duerme, la trompa se relaja y cae pesadamente. Si levanta la cabeza la trompa suele caer y colgar dentro de la boca.

Al erguir el cuello, se le forman gruesos pliegues longitudinales en número de ocho a diez los cuales le dan un aspecto característico.

Las aletas son largas, robustas y provistas de fuertes uñas; de éstas, las tres posteriores están perfectamente separadas una de otra.

Los ojos son grandes, brillantes y tanto por el tamaño como por la dulzura indefinible de la mirada, recuerda los ojos de los animales nocturnos.

La característica más notable del elefante es la propiedad que tiene de voltear la cabeza hacia atrás sin mover el cuerpo; de este modo atisba a todos lados por si algún enemigo lo acecha.

Uno de los problemas que no han podido resolver los naturalistas es el relativo a la alimentación del elefante. Los que fueron capturados para el Museo de Historia Natural de México, tenían en el estómago fragmentos de madera. En cautividad el elefante marino come pescado vivo. Por experimento se le dieron camarones y cangrejos, pero no los comió y permanecieron intocados en los acuarios.

Son inofensivos y no atacan al hombre. Viven en el mar y de tiempo en tiempo salen a la playa a recibir el sol y a hundirse en la arena. Avanzan ayudados por el golpe de la aleta; sus movimientos en tierra son lentos y al desalojarse arquean el cuerpo a la manera como lo hace una lombriz. A pesar de que son torpes al nadar, recorren considerables distancias. Los machos riñen entre sí disputándose a las hembras; es por esto, por lo que se observan en el cuello del elefante las huellas de los mordiscos o dentelladas que se infieren. La

piel del cuello y del pecho es desnuda y callosa, siendo estas partes las más expuestas al ataque. Durante el combate procuran proteger la cabeza y la trompa.

Las hembras son más dóciles y tímidas. Tanto ellas como sus compañeros, cuando se les molesta huyen y pronto abren nuevas madrigueras arrojándose arena en la espalda por medio de las aletas.

La gestación dura un año y el parto tiene lugar en los primeros días del mes de marzo.

Forman manadas más o menos numerosas y viven de preferencia en las cavernas marinas.

Aurelio de Vivanco, en su interesante libro *California al Día*, describe así a los elefantes: «Aparecen inmóviles, como grandes rocas negruzcas, amarillentos, sucios, enormes y espantables. De tiempo en tiempo levantan sus cuellos flexibles y abriendo las rojas fauces emiten un sonido renco, prolongado y persistente como el vigoroso resonar de un tambor lejano. Otros se mueven pesadamente, informes como masas de grasa inconcebibles animadas de locomoción».

La especie que hemos descrito, es *exclusivamente mexicana*, (existe un elefante en las Islas

Kerguelen, posesión francesa, situadas entre el Cabo de Buena Esperanza y Australia, pero es completamente distinto del nuestro) y se encuentra a ciento cuarenta millas marinas de Ensenada, en la costa Noroeste de la Isla de Guadalupe, en la Baja California. Hace algunos años había gran cantidad de elefantes, pero la caza immoderada llevada a cabo por buques americanos, los ha mermado considerablemente, a tal grado que en la actualidad y según el último recuento hay unos cuatrocientos elefantes. Para proteger este valioso y raro animal de nuestra fauna, el Gobierno de la República ha prohibido su caza y ha establecido un destacamento en la isla consagrado exclusivamente a cuidar los elefantes marinos.

La grasa tiene gran valor comercial y sirve para aceitar maquinaria fina. Se emplea, además para fabricar margarina, para alumbrado, para preparar mantequilla, queso de Holanda, jabón, etc.

Pertenece al orden de los *Pinnípedos*, familia de los *Fócidos*. Nombre científico: *Mirounga angustirostris*.

JUAN B. SALAZAR

Tres modos de leer

— Colaboración —

Existen en la historia de la cultura tres momentos que separan estilos diferentes de mirar y aprender la letra impresa. Se lee de un modo un libro y de otro, un periódico; finalmente, en cuanto el cine tiene algo de página ante nuestros ojos, nuestra manera de leerle es también distinta. La aparición del libro, de la prensa y del cinema constituyen esos momentos aludidos, dentro de la historia moderna.

El libro se lee hoja tras hoja: un relato, una exposición han de seguirse paso a paso, linealmente, y en su camino quedan marcadas las señales de medida: la numeración de las páginas. Tipográficamente el libro, como una senda, carece de señales orientadoras. Un cuadro de Mautogna, de Rafael, del Ticiano se leen así, Pliegue a pliegue, rasgo a rasgo: el traje, el cuerpo, el rostro; una figura, luego otra. La mirada se pasea como una linterna, alumbrando rincón por rincón. Se recorren como un palacio o como un jardín; minuciosamente, despaciosamente; arrastrando la mirada, dejándola prenderse en un accidente, dejándola colgada un rato en un detalle. Se lee y acaricia al mismo tiempo; las miradas y la mano del espíritu, verticales como rayos sobre la cara del lienzo o la de la novela. Así se lee un libro cualquiera, un cuadro del XVI...

Cuando se fué pasando al impresionismo y al periodismo, inventaron los ojos de los hombres un nuevo modo de mirar. El periódico adoptó en seguida una forma distinta a la del libro: multiplicó considerablemente el tamaño de la página que iba a ser objeto de nuestras miradas. Si un libro se recorre como una ciudad calle a calle; un periódico se ve como una ciudad desde una torre. La

última noticia se lee de una vez; el rectángulo de papel que contiene la noticia sensacional es tragado como una hostia impresa, sin masticarlo. De un trago se echa uno al coleteo el telegrama emocionante; de varios sorbos, un artículo. El periódico ofrece a una posesión rápida, profunda, audaz sus cuatro caras anchas; queda leído, visto en pocos momentos. Para mayor facilidad, sus grandes letras, la distribuirán de noticias con títulos —sintéticos y gráficos— resumen. Cada sección en un sitio fijo, accesible a nuestro hábito de encontrarla. Nos acercamos el libro a los ojos y nos separamos el periódico de la vista para que ésta le abarque en su conjunto: lo mismo que hacemos con el lienzo impresionista, contemporáneo del diario. Se leen ambos con lectura no lineal como la del tomo y la de la pintura renacentista, sino superficial. Nuestra manera de leer ha alcanzado así una segunda dimensión.

El cinema le ha añadido la tercera. La mirada, perpendicular a la pantalla, la recorre a lo largo y a lo ancho, al mismo tiempo, sin la minuciosidad lineal con que podían ecorrerse las estáticas figuras clásicas: el movimiento, la sucesión de las imágenes en el tiempo, le proporciona una nueva dimensión. El cine es a la vez pintura, como lo es la fotografía, e historia, como lo es la prensa. El cine le ha añadido un nuevo ingrediente: el tiempo. Nuestro modo de leer las imágenes de la pantalla corresponde a un nuevo modo de mirar.

Cada uno de estos nuevos descubrimientos nos ha enseñado un nuevo modo de leer. El hombre nuevo sabe acomodar los mecanismos aprehensores de su espíritu a estas tres realidades distintas; naturalmente que con predilección la

más cómoda, la más moderna. Preferimos ahora leer una novela en la pantalla, como nuestros abuelos preferían ir leyendo un capítulo a pequeñas dosis en los zócalos de las páginas informativas de los viejos noticieros, como una simple prolongación de los ecos de sociedad.

En suma, tres clases de textos se disputan la atención de nuestros ojos y le hacen guiños poderosos a nuestra curiosidad diligente, por ahora...

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ-TRINCADO

Marzo, 1939.

Santidad («turismo»)

El caso de Cerbelot me inquieta. A causa de ese desdichado joven he debido esforzarme en resolver rápidamente problemas inquietantes, principalmente el de: ¿el... turismo (*) puede excluir la clarividencia? Yo no lo creo. He hecho diversas investigaciones a este respecto. Ulrico, por ejemplo, un turista (***) alemán del siglo XI, se pasaba llorando la mayor parte de su tiempo y cuando los monjes de su convento le preguntaron la razón de sus lágrimas: «Lloro — les respondió — de ver aquí a muchos religiosos que no tienen de tales más que el nombre y el vestido». Es, pues, bien evidente que el turismo no consiste en permanecer ciego ante los defectos de los demás, sino en soportar esos defectos con longaminidad.

(Georges Duhamel, *Diario de un aspirante a santo*. Editorial Losada. Buenos Aires. 1939).

(*) Entiéndase: santidad.

(**) Entiéndase: santo.

Octavio Jiménez A.

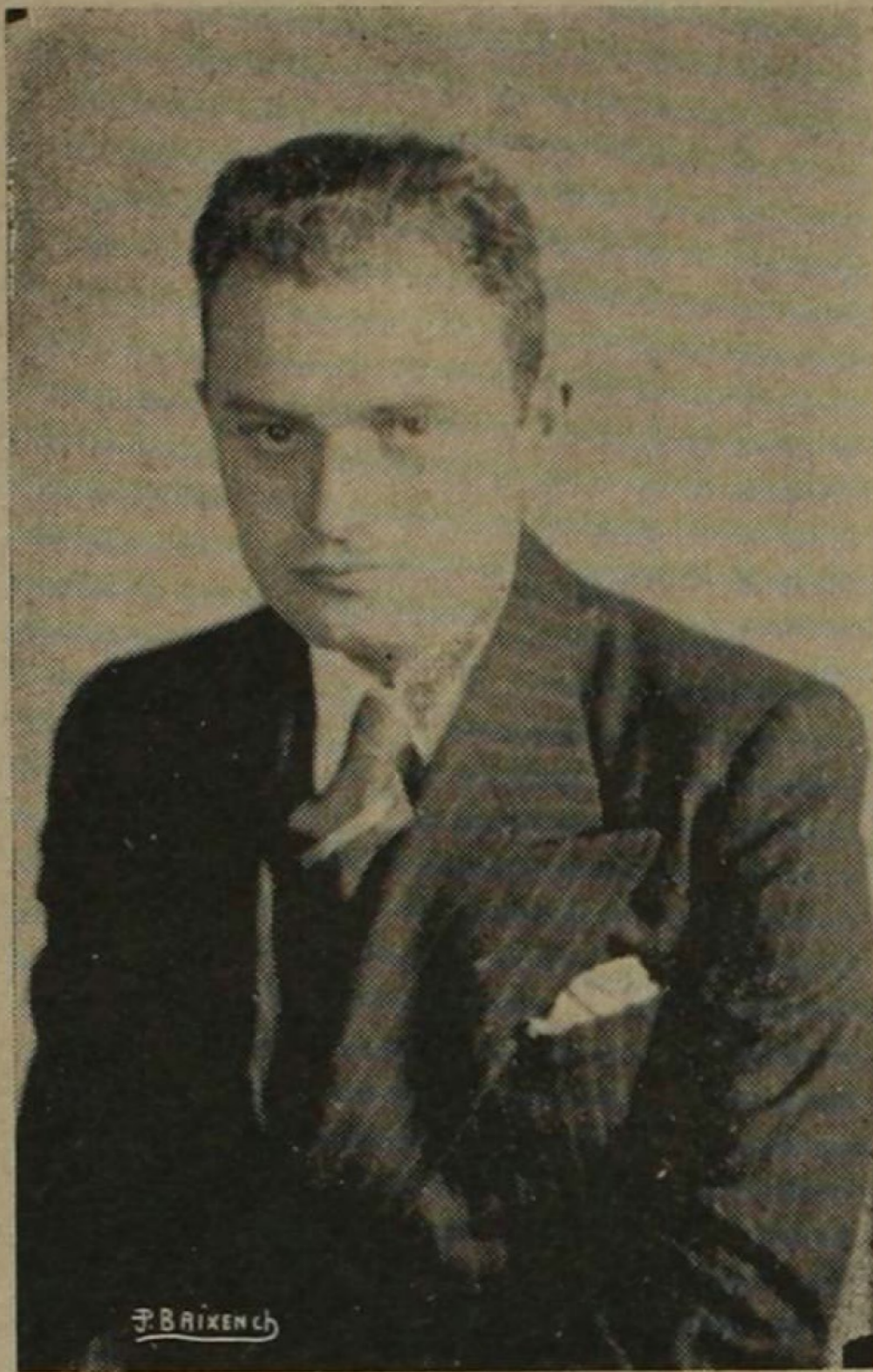
Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén Robert, frente a Reimers

Teléfono 4184 — Apartado 338

Alberto Baeza Flores



EN la Habana se encuentra en estos días un joven poeta revolucionario chileno: Baeza Flores. El nos ha traído de su tierra fraterna, embellecida de montañas que esconden sus cumbres en el cielo y de costas que le dan al Pacífico el mensaje vigoroso de América, un libro de poemas. Bueno, no. Un libro entero no. Medio libro. Porque la colección (fuerte y hermosa) de poemas que nos entregara B. F., no es toda de él. En la segunda parte quien levanta su voz es Juan Arcos, cuya poesía (plena de juventud) se aprieta bajo un título más: «Vitalidad para el ser», que comparte con

Los árboles eligen rey

(Un apólogo subversivo del Antiguo Testamento: *Jueces*, IX, 8-15).

Fueron los árboles a elegir rey sobre sí, y dijeron a la oliva: Reina sobre nosotros.

Mas la oliva respondió: ¿Tengo de dejar mi pingüe jugo, con el que por mi causa Dios y los hombres son honrados, por ir a ser grande sobre los árboles?

Y dijeron los árboles a la higuera: Anda tú, reina sobre nosotros.

Y respondió la higuera: ¿Tengo de dejar mi dulzura y mi buen fruto, para ir a ser grande sobre los árboles?

Dijeron luego los árboles a la vid: Pues ven tú, reina sobre nosotros.

Y la vid les respondió: ¿Tengo de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, por ir a ser grande sobre los árboles?

Dijeron entonces todos los árboles al escaramujo (*): Anda tú, reina sobre nosotros.

Y el escaramujo respondió a los árboles: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid, y aseguraos debajo de mi sombra; y si no, fuego salga del escaramujo que devore los cedros del Líbano.

(En la versión antigua de Cipriano de Valera).

(Los israelitas habían elegido rey al *fascista* Abimelech, asesino de sus hermanos, 60 varones).

(*) La zarza.

«Animo para siempre»

— De Hoy. La Habana, 12 de agosto, 1939 —

el primero la originalidad y la belleza.

Vuelvo a suspirar por aquel margen (de ocio y de paz) que Supervielle exige, no sólo para crear los versos, sino para leerlos y nombrarlos. Enfrentada a una montaña andina de tareas inmediatas, no es posible que yo pueda dar a mis lectores la impresión de frescura, (de agua limpia sirviéndole de exacto espejo a dulces pomarrosas; de esperanzas tendidas como enredaderas sobre mis anchos árboles; de musgo verdeciendo la luz; de golondrinas batiendo un azul de alas trémulas contra ventanas claras; de alegría abriéndose como pañuelos en un puerto de llegada) sentida en la madrugada que hurté al sueño para leer los versos de que hablo.

Pero quiero citar la presencia en nuestra Isla de los poemas «Animo para siempre» y «Vitalidad para el ser», cuyos autores han dedicado su obra «a los miles de jóvenes de la ejemplar juventud anti-fascista de España», «A los batallones presentes, de lucha y alborada, que en todos los frentes y desde todos los países conquistarán la tierra para la humanidad», «A los héroes de la nueva creación, a los bravos combatientes caídos en la lucha contra el fascismo, por la liberación del proletariado» y (Juan Arcos) «A mi madre, cuyo aliento de lirios preside este libro haciéndolo humanidad».

Ya desde entonces, los autores se ganan al lector que sabe por cual camino justo (de fuerza y de belleza fértiles) van a conducirlo.

J. A. dirá en su «Posición»: «Creo que el poeta debe estar con el pueblo, ser su voz». «El campo sufre, la ciudad sufre, los niños sufren; entonces hay que hacer de la ternura violencia viril de pueblo contra los que quieren la noche,

contra los que odian lo bello y explotan al hombre».

Tal estrella es la que preside todo el libro poniendo a brillar su clara luz sobre las frentes (tan amplias, tan jóvenes) de estos dos poetas revolucionarios chilenos.

¿No hay que arrancarle un pedazo a este día, a este tiempo que se parte hacia arriba, como estrados de dura piedra para levantar montañas altas de tareas a favor del pueblo, y emplearlo en saludar a estos hermanos de la gallarda América chilena, que se disponen a cantar así?

Dice Baeza Flores: «Tengo brazos que no puedo perder como se pierden las manzanas», «Salgo con mi chaqueta, mi traje, y mi empuje», «Los compañeros alzan fusiles y mañanas», «En España las flores tienen sabor de pólvora», «Hombres de claro corazón chileno recorrido de pampas»...

Estos versos, tomados al azar de distintos poemas, ponen al espíritu en contacto con hermosos hallazgos poéticos. Cuajado ciertamente en poesía, el cuaderno de B. F. está muy bien acompañando al de Arcos. Este dirá: «Mi vida está hecha con cariño de madres, con tierra soleada, con campesinos azotados»... «Campo mío, triste como los nomeolvides, los ricos maltratan tus entrañas, te maltratan tus perros y tus ruidos nocturnos, te maltratan tus hombres y mujeres», «Alamos de mi pueblo tristes y necesarios, los recuerdo en la luz de las espadas golpeando cuerpos de trabajadores»...

Ni una ni otra parte del libro levantan canciones populares; pero ambas usan la poesía como vehículo para derramar luz en las luchas y en las consignas de la revolución.

EMMA PÉREZ

La soledad

— Envío del autor. De la obra de teatro *La tormenta* —

Te vas a quedar solo, completamente solo. Te lo digo con cierta compasión y con cierto cuidado. Tal vez nunca como ahora te vas a sentir más solo, pero esto te dará nuevos ojos, un nuevo silencio, un refugio permanente y el único necesario. No sabes cuán admirable y cuánta raíz tiene la soledad en el hombre. Cree que llega aquí para estar siempre acompañado de algo e inventa los ídolos, las religiones, el mismo amor, y no sabe que en la religión está solo y en el amor está solo también. Es una de las grandes verdades de la vida y para mí la fundamental. Sin esta verdad a veces no se puede vivir. Pero todo esto te hará bien. La montaña, la soledad, la nieve, el río desbordado. El sol volverá a salir después que pase el viento, la lluvia cesará y podrás caminar tranquilo, contemplando los cerros y los árboles, penetrándote

de todo. Podrás salir después y una vez que pase todo esto y te halles frente a frente a tu verdadero problema humano, vas a comprender. Es necesario, a veces, guardar muchas palabras para saber lo que las palabras valen. Tendrás que ser callado y aprender a ser limpio y honrado por ti mismo, por tu propia condición, porque es lo mejor. Lo sentirás al principio como yo lo sentí, pero en todo caso tal vez al fin vas a lograr ser el verdadero y puro hombre, el hombre elemental que nunca podrías haber sido en las ciudades. Te dejo a la nieve, al silencio, a la tempestad frente al hombre, te dejo a todo esto para que te enseñe por fin tantas verdades esenciales que ya debías haber comprendido. Cuando salgas estarás más solo pero podrás estar por primera vez verdaderamente contigo.

ALBERTO BAEZA FLORES

Poemas sufridos por España

— Colaboración. La Habana, setiembre de 1939 —

Crímen

«Salir del silencio es más difícil
que salir del mar».

BARBUSSE

Así deben llorar los niños que se pierden:
sintiendo duros golpes del terror en los brazos,
mirando aguas oscuras ascender a sus cuellos,
a sus ojos salados y a sus cabellos fríos.
Todas las cosas tienen una costra de sangre
— densa, morada, absurda — y ruedan los intentos
— sin nacer — de pedirles el más fácil servicio.
Entre el pecho y la luna hay nombres apagados.
¡Y yo que hundí una vez mi nombre en tus cabellos
para sólo llamarme del modo que quisieras!
Ahora no existe más que un nombre para todos.
España está gritando: «¡Socorro, camaradas!»
¿Quién le contestaría agitando pañuelos?
¡Hay que extender el índice en las altas montañas!
¡Hay que abrirse la voz con todos los cuchillos!
¡Hay que golpear el mundo con la palabra Crímen!
¡Ah, si unánimemente denunciáramos: Crímen!
¿Qué hago yo aquí llorando como un niño perdido?
¡Manos para rasgarme la garganta dormida,
aunque huyan para siempre mis cautivas palomas!
¡Manos para rasgar gargantas y gargantas
como sencillos lienzos! ¡Hay que reunir el grito:
Crímen!

¡Hay que tirarlo con furia a las estrellas
para que caigan rotas sobre las alas duras!
El espanto tritura corazones de niños
contra las grises piedras de los muros del alba.
El llanto se desliza por el rostro del tiempo
y anega la sonrisa de cuanto era dulzura.
¿De qué será la voz, la gran voz encendida
— suma de ríos de fuego — que rechace la aurora
falsa gritando Crímen y repitiendo Crímen?
Presiento que de cielos retirados de golpe.
Hay pájaros salvajes acercando graznidos
al gran silencio — lívido como una isla sin bosques
desnudada en el centro de un océano de sangre.
¡Que suba desde el centro de la tierra la cólera!
¡Que se partan los pinos abriendo brazos negros!
¡Que se alejen los mares para volver en olas
de suprema violencia! ¡Que se pierdan los ríos!
¡Que el grito — Crímen, Crímen — tire al cielo las rocas!
Y que crujan — reseca y arrancadas — las lenguas
de los que no se mezclen en el grito del hombre:
¡Crímen!
Como hojas muertas vayan las mudas lenguas
al borde de la tierra y rueden a la noche
que no gira, perenne, descolgada, vacía.

El alba subirá de enronquecidas voces.

Razón para la niña

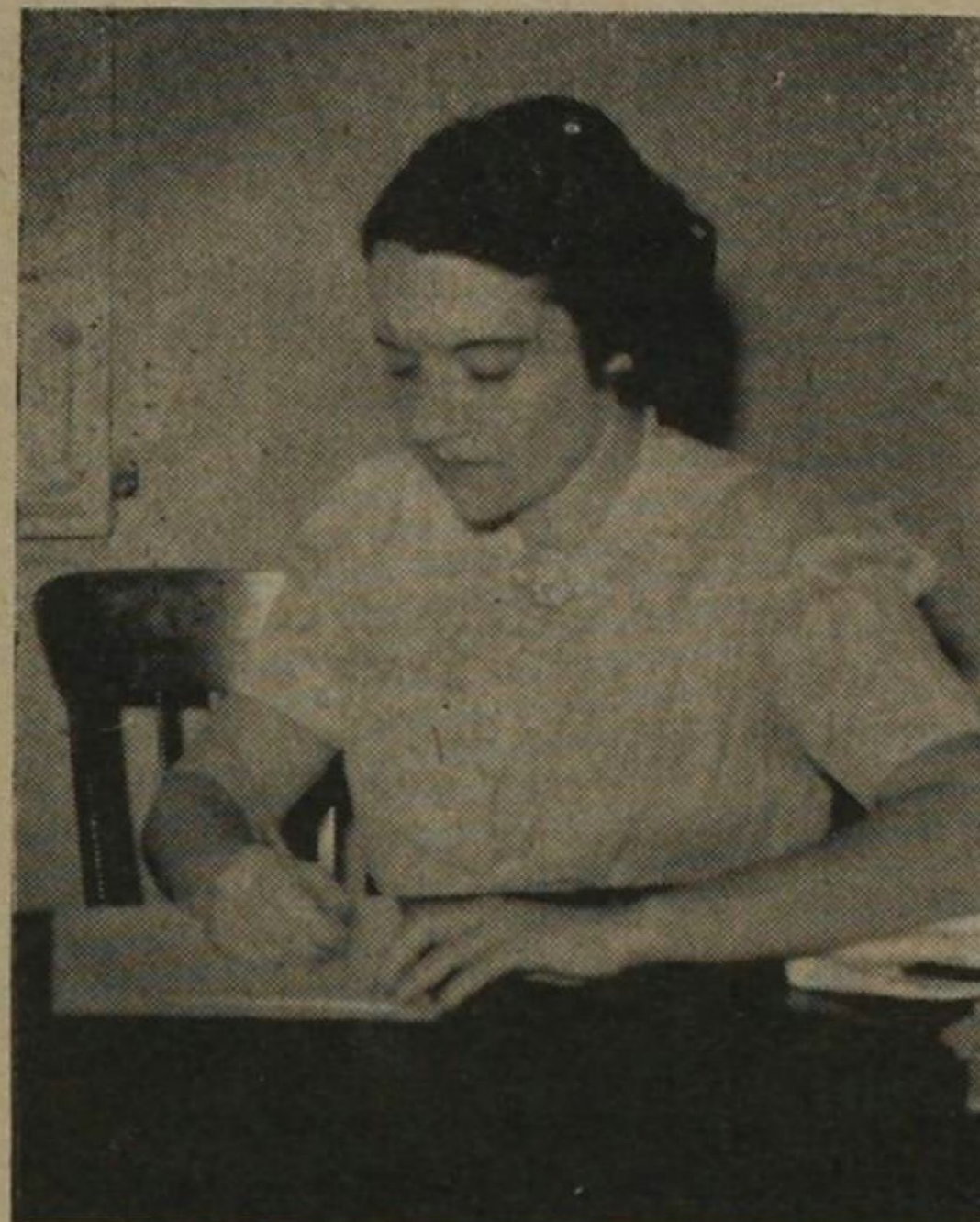
(A Elena Duncan)

El padre quiere a su niña
que ríe con risa de agua,
si en los brazos se le duerme
el miedo lo desembranta,
¡parece que moriría
todo si se despertara!
El padre quiere a su niña.
Cien tomeguines levantan,
volados de su cariño,
un velo para tajarla.
¡Su cuello se rompería
de pena si ella temblara!
El padre quiere a su niña
con sus venitas intactas
— hilitos para coser
pétalos a sus llegadas.
¡Qué golpes lo aturdirían
si un índice le sangrara!
El padre quiere a su niña
del surco a la nube blanca,
del fondo del mar con peces
a la nieve de montaña,
del pájaro ciego al sol

y de la luna a la albahaca.
Pero no la quiere en ella
solamente sino en cada
niño del mundo, la besa
en cualquier mejilla clara
de niñez, en cualquier rostro
alegre o triste de infancia.
Ahora dondó más la quiere
es en los niños que matan.
En sus rondas sorprendidas,
en sus sienes arrancadas,
en sus bracitos perdidos,
en sus risas calcinadas.
Por quererla hasta morir,
tiene el padre que dejarla.
En cualquier niño que hieran
pueden herírsela. Llama
al padre, a gritos, su niña
con voces niñas de España.

Y el padre tiene que ir
porque su niña lo llama.

EMMA PEREZ



Emma Pérez
(1939)

El libro que encamina

En esta época de la estancia en Cartago se produce un hecho importante que habrá de dar a su vida un objetivo fijo: San Agustín lee el *Hortensio*, de Cicerón. Este libro hizo una profunda impresión sobre el alma fácilmente excitable del joven. Era el primer cambio palpable en su vida. Su espíritu tomó desde entonces la dirección de la filosofía; «no hacia esta o aquella escuela filosófica, sino hacia la sabiduría misma, de cualquier clase que fuese». Así despertó en aquel joven africano de diecinueve años un ansia y un afán poderosos, casi fantásticos, de buscar la verdad. ¿Qué es la verdad? ¿Dónde buscarla? ¿Dónde encontrarla? Ante estos problemas esenciales de toda filosofía vióse colocado súbitamente el joven estudiante. Pero todavía surge en él otro problema difícil: la cuestión de la esencia y origen del mal.

(De Matías Baumgartner, en el estudio *San Agustín: «Los grandes filósofos»*, 3. Revista de Occidente. Madrid. 1925).

*

Con ser rico basta

Volpone. — ... ¿De qué te ríes, bergante?

Mosca. — Me río de lo que estará pensando ahí fuera el señor Voltore. Que este puede ser su último regalo, y que si os morís hoy y todo se lo dejáis a él, cómo mejorará de condición, cómo le reventará todo el mundo, cómo le acompañará un séquito de necios aduladores mientras él atraviesa altivamente la muchedumbre, caballero en su mula, tan letrada como él; cómo le llamarán grande e ilustre abogado y cómo en este mundo no hay nada imposible.

Volpone. — Nada, menos ser inteligente, Mosca.

Mosca. — Señor, con ser rico basta. Poned un capuchón de reverenda púrpura a un asno, cubridle las indiscretas orejas y pasará por doctísimo catedrático de cánones.

(Ben Jonson, *Volpone o El Zorro*. Editorial España. Madrid. 1929).

En la ciudad de Nueva York
consigue usted este semanario
con G. E. STECHERT & Co.
31-33 East 10th Str.

3 poemas

— Colaboración. La Habana, 19 de julio, 1939 —

La lumbre en la mañana

No es esto ni es aquello, es la tierra que se sucede,
la sinfonía que sabe que la tarde puede crecer de las nieblas,
el corazón de las antiguas corolas, las cosas de su olvido
los brazos que cambian cada noche, la tarde que pasea con el amo,
a su lado,
los jóvenes amantes que se despiden ante el dolor que murmura.
La soledad puede escuchar como los árboles, la soledad puede
sentir apenas como ola que se insinúa,
como tu voz viaja despacio, como tu voz tiene una estrella
sombria, como tu voz se inclina,
como tu voz me inunda de campos que se cubren de cielo
como tu voz cabe en la tierra misma.

El rocío y el sueño

Duerme el que hace sonar el sueño, duerme libre, duerme despacio
como una primavera que se apaga,
como una lámpara que de pronto renace, duerme como los años
que gimen a mi lado.
Antes yo me perdía tantas veces detenido entre sordidas preguntas,
sin ver el día que crecía a mi espalda contemplaba la noche
que repasa callada sus estatuas.
Perdía el horizonte que hace amar a los pueblos donde vive el amor,
creía renacer y golpeaban en mí desoladas preguntas.
Salgo ahora otra vez, sale vaiven de sus quehaceres,
vuelve a llorar la iglesia su música despacio,
vuelve a coger su historia el amador despreciado,
de un lado a otro vuelve a sacudir sus desencantos.
Vuelve ahora que hay otras manos que a partir nos convidan
que hace andar las ciudades a mi lado, que repasa los nombres
cada tarde, que empuja como velas los arados.
Duerme otra vez callada que ya entregó sus sombras el rocío,
que renazco de mí como el amor de las ruinas

que hay que andar al confín de grada en grada, que hay que
encender de nuevo la primavera entumecida.
Duerme amiga tan mía como este corazón que rememora,
duerme tranquila como un cendal de cedros,
duerme otra vez que el mar ya se reanima
y ha de venir el día entre nosotros si nadie lo ha llamado.

Próxima

No es posible—decía—mientras tu sombra cada día se apartaba
de mi lado.
Yo sé que eres aún esparcida ternura,
una mañana hermosa en medio de los árboles,
un arcoiris, un anillo, una montaña, un fervor, una breve colina
algo más que esa agua simple que se beben los moribundos.
Vuelve que los abrazos nos aguardan como dormidas o queridas
ciudades,
vuelve con tu cabello claro que al mismo trigo hermana,
con tu andar taciturno, con tu vestido claro para amar el verano
sabes que los adioses ya helaban el recuerdo.
Ves la tierra que corre por altura y llanos
y es para mí la tierra también tu sueño fresco, tu cabeza querida,
tu brazo descuidado.
Ves la frente incesante, los mares que murmuran.
¿Qué ha sido nuestro amor comparado a esta batalla?
¿Qué ha sido él comparable a la gota de sangre que ya precede
mis acciones?
Te hallo de nuevo, río tierno, galope entusiasmado, murmullo
diario.
Ven con tus años jóvenes a animar nuestro rayo,
con tu risa despierta, tu cabellera enérgica,
con tu caudal de sueños que tendrás que llenarlos.

ALBERTO BAEZA FLORES

Juan Pondo

Juan Pondo era un vagabundo de edad indefinible; cuya historia era de todos ignorada. Le llamaban Juan, pero nadie sabía si era su verdadero nombre. En cuanto al Pondo, le venía de una enfermedad. En algunas regiones colombianas *pondo* es una palabra que se emplea para designar un dedo cuando está tumefacto por una afección cualquiera. Así «tener un pondo» es tener un dedo hinchado. Aquel vagabundo sufría de un mal crónico en un pie, lo que, como se comprende, le obligaba a renquear. Juan Pondo tenía un amigo; Benjamín (*), y una pasión: la vieja Clarisa. Esto se explica; la anciana cocinera le daba de comer y le dejaba dormir en el corredor; Benjamín era su compañero de dormitorio y de mesa.

(Lo cuenta Pedro Sondereguer en su novela *Quibdó*. Buenos Aires, 1927).

*

«Perro no come perro»

Prof. Pickup.—El próximo año, querido, si tú quieres, iremos a Moscú. Ahora estoy reflexionando para encontrar la explicación de un comportamiento tan contradictorio. ¿Por qué la política rusa ha intervenido en la guerra civil alemana para daño de la república de Weimar y para ventaja del Tercer Imperio? ¿Y por qué el estado mayor y la policía de un estado democrático, en vez de intervenir para salvar la democracia, cuando está ésta en peligro, ayudan al fascismo? Acaso una respuesta a estas preguntas puede ser encontrada sobre la huella de este pensamiento de Pareto; «Co-

mo en otras colectividades, las clases gubernamentales cumplen acciones lógicas y acciones ilógicas. La parte principal del fenómeno es la organización y no la voluntad consciente de los individuos, que, en algunos casos, pueden ser arrastrados por la organización hacia donde su voluntad consciente no los llevaría nunca».

Tomás el clínico.—Con fórmulas menos misteriosas, ilustre profesor, Marx ya había afirmado lo mismo. Las instituciones humanas obedecen a otros impulsos que a los de la psicología individual de quienes las gobiernan. Por mucho que las instituciones autoritarias puedan ser entre sí opuestas, según la diversidad de los intereses que representan, aun más grande es sin embargo el contraste entre ellas y la libertad. Y frente al peligro común, ellas encuentran siempre una manera de ayudarse; según el dicho popular: «perro no come perro».

(Ignazio Silone, *La escuela de los dictadores*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1939).

*

Faltó el comentarista hábil

Sacerdotes son los literatos más notorios de España, Lope, Calderón, Tirso, Góngora. Desgracia irremediable, que sus conquistadores no fueran literatos o si lo eran excepcionalmente no «realizaran» los prodigios que estaban presenciando ni la naturaleza nunca vista que atravesaban. En otra parte he recordado la sorpresa de Humboldt, su asombro de que Ercilla o Barco Centenera no supieran decirnos las bellezas de América sino conservaran los ojos puestos en su Europa. Para divertir a sus soldados ex-

tenuados el autor de *La Araucana* les cuenta la aventura de Dido y Eneas...

No quiso el destino que naciera en América quien pudiera lograr como Cervantes la conjunción extraordinaria de meditador y hombre de acción. Nadie supo comentar la aventura de esos ingeniosos hidalgos que vieron encantamientos verdaderos y princesas morenas con quienes fundar en insulas fragosas una dinastía de adelantados. Los que escribieron la historia del Perú eran pendolistas de buena voluntad y deliciosa ingenuidad como Jerez o profesionales de la pluma que nunca vieron un campo de batalla.

El proceso histórico de la conquista quedó así en manos de frailes.

(Ventura García Calderón. *Vale un Perú*. París, 1939).

*

El ejemplo de Flora (*)

Pretendía Charles Peguy que para comprender a los pobres hay que haber nacido pobre, pues, según él, ni el desinteresado fervor ni la imaginación apostólica, pueden suplir este acercamiento carnal al menesteroso. El ejemplo de Flora lo desmiente. Tan cerca de ellos la sintieron estos obreros de Francia que a su muerte, se cotizaron todos para pagar su piedra funeraria. Fue día de luto para los humildes la desaparición de aquella Nuestra Señora de los Desamparados.

(Lo cuenta Ventura García Calderón, en su libro *Vale un Perú*. París, 1939).

(*) La socialista peruana Flora Tristán.

(*) Así se llamaba el perro de la casa.

Benito Lynch versus Juan Valera

— Colaboración San José, Costa Rica, octubre de 1939 —

Son «Los caranchos de La Florida» contra «Pepita Jiménez»; hacen de jueces Sófocles y Shakespeare.

Más o menos mediada la novela del argentino empíezase a pensar en Pepita Jiménez, y con esa casi obsesión se finaliza la emocionante lectura. Pero se recuerda a la viuda virgen no por analogía sino por contraste, y en la antítesis manifiesta asaltan dudas: ¿son los protagonistas de extracción distinta y por ello se diferencian fundamentalmente? ¿Son acaso, como «bestias», del mismo barro edénico? ¿Son los autores los antagonistas? Problema es éste de disquisiciones más amplias que ahora no intentaremos.

Del viejo Valera recordamos entre otras cosas su prólogo a «Azul» de Rubén Darío. En él señala al aedo inmortal una blasfemia, no lunar de adorno en el Anagke: la imposibilidad de que convivan, en la creación, palomas y gavilanes. Por ese hueso reconstruimos al megaterio y pensamos que Valera escribió la mejor novela de la Colección Rosa. De Lynch adivinamos su desinterés por los asuntos del gnosticismo y la preocupación viva y constante por decir las cosas como son, no importa cuales sean las consecuencias ulteriores.

En la novela española, lucha incruenta e intrascendente, el alma cándida de don Luis el seminarista,—y esa es astilla de su propio palo—, vence, en la batalla erótica, a su rival, y el sentimiento paternal, en el diamante ético que se ha pulido, se sobrepone al instinto genésico: un corazón que sangra silencioso es la única víctima propiciatoria. Todo el

mundo queda contento, pero la novela sólo subsistirá para estudios de vocabulista. En la tragedia argentina de la pampa ilímite, don Panchito, a pesar de su cultura europea no ha logrado domeñar a la fiera. El encuentro es fatal, y el león y su cachorro olvidan, en relámpago trágico, vínculos de sangre, y la lucha se traba feroz. Los rebencazos de don Pancho mueven la llave inglesa en las manos del hijo, y el gaucho viejo, fulminado, cae.

La figura de Mosca, el tontiloco, entregando la carta de Marcelina a destiempo, es el detalle que origina el drama. La misiva, en las manos del destinatario vivo, apenas nos habría dado un don Panchito alígero, reuniéndose, a mata caballo, con su desvelo, la suave corderuela, y un don Pancho chasqueado con las orejas gachas y derrotado. Pero Lynch tuvo el acierto de demorar al posta en su obligación, y allí la confirmación del apunte filosófico, pequeñas causas producen grandes efectos. Ese Cosme, castigado en el tremedal y ofendido en la Hierra (*), es otro tipo fundamental; la tremenda puñalada mortal que retira de la circulación mundana a don Panchito es el lógico desquite con que pretende talionar, y la sucediente y pasmosa tranquilidad al beber su agua de pozo es la satisfacción a una sed física, ya que la otra quedó para siempre finiquitada al mirar, juntos en racimo de muerte, a los caranchos de La Florida.

SAMUEL ARGUEDAS

(*) La Hierra Argentina es nuestra Tierra guanacasteca

La señora de Sotela se refiere al libro de don Lorenzo Vives: «De la propia vida»

— Colaboración —

De la propia vida, y propias de la vida, son estas páginas. Escritas con esa sutileza que sin apartarse de la realidad, pone un color de poesía en cada detalle, un reflejo de claridad en cada observación, un sentimiento profundo en cada pasaje.

Leyéndolas nos viene no sé qué lejana evocación de nuestra vida propia; tal vez porque la subjetividad de un niño o de un adolescente es casi la misma en los espíritus un poco soñadores.

Con Lorenzana viajamos hacia la frontera de Francia. ¡De la amada Francia! «Los olmos puntiagudos en fila, los techos grises de pizarra y las torres de las iglesias terminadas en punta exagerada» nos llenan las pupilas con el paisaje lejano que nos recuerda un nombre amado: el de Daudet.

Mi infancia fué pródiga a mi espíritu en experiencias de belleza: las calles evocadoras de Granada, el paisaje azul de Cádiz, de Sevilla, los bulevares en otoño y en invierno de París y de Madrid con todas las sugerencias de su enorme belleza, gravaron mi imaginación

de niña; una casa familiar en Burdeos, donde nació mi hermana; en el trasfondo de estos recuerdos: una toca blanca y un hábito azul Es la «Hermana» Melanie prima de mi padre; su voz exquisitamente modulada la oigo relatar escenas íntimas de su casa paterna, que era la misma de mi padre, allá en un pueblo de los Pirineos: en Belcaire, trasladada más tarde la familia a Burdeos—donde ponía su gracia como una floración, pues que era hermano del esposo de una tía el arzobispo de Burdeos. Rostros amables y ojos llorosos al decir adiós después un trasatlántico . . . !Hermanita Melanie Bonnel! su toca blanca, su cara rosada y su hábito azul tienen todavía un aroma de confites! sus ropas, sus manos, toda ella me olía siempre a confites . . .

Lorenzana nos presenta el complejo de la subjetividad ante el ambiente externo. «Es tan cohibitivo andar y actuar sabiendo que sobre nosotros está la curiosidad de tantos Perpignán le gustó. ¡Qué bien se podría mover allá sin conocer a nadie!»

Es el espíritu del adolescente soñador que pone su tacto fino en cada gesto, en cada acto, frente a la irreflexión de los muchachos locuaces, francotes, alegres, pero sin delicadeza. «El, tan corto de palabra, paraba atención en la locuacidad de sus compañeros de mesa. Si fuera como ellos—pensé—desenvolverme con soltura y contestar con rapidez y oportunidad!»

El árbol de los ahorcados nos presenta un choc, en un espíritu que apenas se abre a la vida; en una mañana alegre, en un ambiente feliz, bajo los árboles de un parque ¡El cuento se repite! ahora es mi hijo el que ve un hombre colgando «como un péndulo macabro» hace apenas pocos meses.

Se le apagó la vida, Se fué en agosto: son dos cuentos de sabor español, tan español, que nos recuerdan a Azorín, a Rusiño!

Estaba escrito: es lección que nos enseña todos los días la Vida en esa voz interna que tanto se desoye

No quiso ver más el mar: es también la voz de la Vida que habla. Quién no ha visto o ha previsto esta escena en su propia vida alguna vez!

Páginas estas de observación psíquica y filosófica, que dejan una impresión de veracidad; con dominio del estilo, con dominio del idioma. En ellas se nos revela don Lorenzo como un exquisito narrador, claro, sincero y fuerte como es en su propia vida.

AMALIA DE SOTELA

San José, Costa Rica, octubre 1939.

Mi padre

Siguió los estudios corrientes y se licenció como predicador; pero nunca ejerció el sacerdocio, convencido de que no podía creer en la doctrina de aquella ni de ninguna otra iglesia.

*

Era hombre que por nada hubiera escrito contra sus convicciones, y que, por el contrario, ponía de ellas, invariablemente, en cuanto escribía, todo lo que las circunstancias toleraban. Debe también decirse de él que nunca hizo nada con negligencia, y que nunca emprendió labor literaria o de otro género en la que no pusiera concienzudamente todo el trabajo necesario para realizarla con perfección.

(Esto dice del padre, John Stuart Mill, Autobiografía. Calpe. Madrid. 1921).

*

En «crisis de raciocinio»

Prof. Pickup. — ¿Quiere entonces decir que lo irracional es más fuerte que lo racional? ¿Y que para poner en movimiento grandes multitudes se deba llamar siempre a sus instintos primitivos y no a razonamientos? Esto coincidiría con lo que nos ha declarado el filósofo Huizinga, visitado por nosotros en Holanda: «La crisis de nuestra civilización es crisis de raciocinio, debilitamiento del sentido crítico. Es un conflicto entre la vida y la razón, y la juventud moderna presta su culto idolátrico a la vida».

(Ignazio Silone, La escuela de los dictadores. Editorial Losada. Buenos Aires. 1939).

Noticia de libros

(Índice y registro de las publicaciones que se reciben de los autores y de las Casas editoras)

Un libro en que se juntan el estudio y la gracia: *Vale un Perú*, por Ventura García Calderón. París.

(Lo espigaremos). Señas del autor: 229, Chaussée de Vieurgat. Bruxelles. Belgique.

*

Otra manifestación de Colombia ejemplar, guía, maestra en el cuidado de sus letras, que son esenciales para una patria consciente de sus destinos: *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*. En tomitos de bolsillo, muy agradables. Editorial Minerva. S. A., Bogotá.

Nos ha remitido el Ministerio de Relaciones los diez primeros títulos de la simpática selección. Dicen:

Del uso en sus relaciones con el lenguaje, por Miguel Antonio Caro. Sección 1.^a Prosa Literaria número 1.

El castellano en América, por D. Rufino J. Cuervo. Sección 1.^a Crítica y Ensayos. N.º 2.

Jesucristo. La lengua castellana, por D. Marco Fidel Suárez. Sección 1.^a Prosa Literaria. N.º 3.

Escritos varios, por D. José Manuel Marroquín. Sección 1.^a Prosa Literaria. N.º 4.

De la novela, por D. Diego Rafael de Guzmán. Sección 1.^a Prosa Literaria. N.º 5.

Oraciones, por D. Rafael María Carrasquilla. Sección 1.^a Prosa Literaria. N.º 6.

Sus mejores discursos, por D. Guillermo Valencia. Sección 1.^a Prosa Literaria N.º 7.

Crítica Literaria, por D. Antonio Gómez Restrepo. Sección 1.^a Prosa Literaria N.º 8.

Idola Fori, por D. Carlos Arturo Torres. Sección 1.^a Prosa Literaria N.º 9.

Sus mejores prosas, por D. Armando Solano. Sección 1.^a Prosa Literaria N.º 10.

*

Dos novelas que nos interesan:

Quibdó, por Pedro Sonderegger. Buenos Aires. 1927.

Cortesía del autor. Señas: Casilla de Correo 1948. Buenos Aires, Rep. Argentina.

Liberación, por Arturo Mejía Nieto. Editorial Sopena, Buenos Aires. 1939.

Cortesía del autor. Señas: Consulado de Honduras. Buenos Aires. República Argentina.

*

Tres libros recientes en las EDICIONES ERCILLA de Santiago de Chile:

León Trotsky: *Su moral y la nuestra*. Traducción del ruso por V. Z., revisada por el autor.

Plutarco: *Vidas paralelas*. (En la Colección *Amauta*).

Contiene las vidas de: Aristides, Marco Catón, Filopemen, Titio Quincio Flaminio, Pirro, Cayo Mario.

Bertita Harding: *El Emperador fantasma*.

(Relato muy interesante; en él se basa la película *Juárez*).

*

De Rafael Caneva, como suplemento de la Revista *Educación: 1 y 9 poemas*. Ciénaga. Magdalena, Colombia. 1939.

(Hay que fijarse en este poeta colombiano nuevo, de la costa).

*

Nos llega como envío del autor: Adolfo Menéndez Samara, catedrático de la Universidad Nacional: 2 *ensayos sobre Heidegger*. Letras de México. 1939.



Son: *La esencia de la poesía y La nada en Bergson y Heidegger*. (Ambos mueven a leerlos). Señas del autor: Mar Coral 24. México, D. F. México).

*

Otro folleto:

Juan E. O'Leary: *Bernardino Caballero*. Apoteosis en el Centenario de su nacimiento. Asunción. 1939.

*

De la producción costarricense:

Samuel Argüedas: *Primera y tercera obras de misericordia*. Imprenta Nacional. San José, Costa Rica. 1939.

Corregir al que yerra y enseñar al que no sabe en cuestiones idiomáticas. Por los fueros de la lengua vuelve el Prof. Argüedas, con la divisa académica de: *limpia, fija y da esplendor*.

Origen y desarrollo de la democracia en Costa Rica. Apuntes para su estudio, por José Francisco Trejos. San José, Costa Rica. 1939.

A cosa de sacar en limpio lo que hemos señalado en este librito, habría que alargar esta nota. 45 rayitas al margen indican de paso, algo que se reflexiona, que se aprende, o que se recuerda, que interesa, una duda, una sugestión.

Cójanlo los maestros, para su trabajo. Así como el folleto del Profesor Argüedas.

*

El *Boletín* 10 y 11 de la *Comisión pro centenario del natalicio de Hostos*, es del mayor interés para los admiradores de este prócer antillano, y de América. Contiene «la conmemoración en América». Son 209 páginas nutridas. A buscarlo, pues.

Tome y lea

(15 títulos que pueden interesarle)

Waldo Frank: <i>City Block</i> (Novela)	3.50
Teófilo Olea y Leyva: <i>La socialización en el Derecho</i> (Ensayo de una teoría general de las funciones)	2.00
Salvador F. Seguí: <i>Taquigrafía Seguí</i>	2.00
Pablo Neruda: <i>Residencia en la tierra</i> (2 vols. Cruz y Raya. Madrid. 1935)	10.00
Alejandro Korn: <i>Apuntes filosóficos</i>	2.00
José Antonio Encinas: <i>Enciclopedia Escolar</i> . Con 400 grabados	4.50
José Antonio Encinas: <i>La educación de nuestros hijos</i> (Lecciones de psico-pedagogía)	5.50
Conde de Keyserling: <i>Norteamérica Libertada</i>	14.00
Manuel G. Prada: <i>Grafitos</i>	3.50
Max Jiménez: <i>El Jaúl</i> (Novela rural costarricense)	3.00
Ml. G. Prada: <i>Libertarias</i> (Verso)	3.00
Enrique Espinoza: <i>Chicos de España</i>	2.50
Max Henríquez Ureña: <i>La independencia efímera</i> (Episodios dominicanos)	3.00
Germán Pardo García: <i>Presencia</i> (Poemas)	3.50

Con el ADr. del Rep. Amer. Calcule el dólar a ₡ 5.00.

DR. E. GARCIA CARRILLO

Médico - Cirujano

**ELECTROCARDIOGRAMAS
METABOLISMO BASAL**

Corazón - Aparato Circulatorio

Consultorio 100 varas al Oeste de la Botica Francesa
Teléfonos 4328 y 3754

*
Una poetisa nueva de Cuba: Isa Caraballo. Nos remite su libro *Vendimia de Huracanes*. (Antología poética) 1934-1939. Ediciones Alfa. La Habana. 1939.

Señas de la autora: Martí 50. Bolondrón. Provincia de Matanzas. Cuba. (Donación de la autora. Con ella y sus versos, volveremos luego).

*
Dos cuadernos:

La conferencia sobre neutralidad de Panamá, por Publio A. Vásquez, Prof. de Derecho Internacional de la Universidad Nacional. (Obsequio del autor).

Oscar Rojas Jiménez: *Octosílabos*. (Una infancia campesina). Caracas. 1939.

Ilustra con gran acierto y encanto, Paul. Donación del autor. Señas del mismo: En *El Universal*, Caracas, Venezuela.

*
Los cuentos y novelas:

Ponzoñas. (Cuentos). Por Pablo Domínguez. Editorial Elite. Caracas. 1939.

Es el número 15 de los tan interesantes Cuadernos Literarios de la «Asociación de Escritores Venezolanos».

Envío de la citada Asociación. Señas: Apartado 329. Caracas. Venezuela.

Bajo cero. Por Antonio J. Arango. Manizales, Colombia. 1939. Obsequio del autor. (Es libro de muchas salidas, que aprovecharemos).

Del autor dice José Hurtado García: «Advertimos en Antonio J. Arango, el escritor proletario que el país necesita, el tipo de creador fuerte ensimismado en su propia tragedia, desafiante y sin claudicaciones».

Eduardo Mora Moreno: *Humo en las eras*. Cuentos. Loja, Ecuador. 1939. Obsequio del autor.

Es sugestiva la dedicatoria: «A Manuel Antonio, a Pedro y a Julián, y, con ellos, a todos los indios de mi tierra, que desmedran sus vidas escardando dolores y apacentando cariños en campos de esperanza».

La señalamos: *Proverbio de la muerte*, novela, por Ramón J. Sender. Editorial Quetzal, México, D. F. 1939.

La remite la casa editora. Señas: Ediciones Quetzal. Londres 65 A. México, D. F. México.

*
La poesía:

Hilarión Cabrisas: *Sed de infinito*. La Habana. 1939.

Uno de los tres volúmenes de versos de H. C. que imprimirán sus amigos. H. C. murió en La Habana el 9 de abril de 1939.

Nos llega este ejemplar por el Consulado General de Panamá. Animas 158, altos. La Habana, Cuba.

Son poemas de Jorge Rojas: *La forma de su huída*. Bogotá. 1939.

Envío del autor. Señas: Apartado Nacional 929. Bogotá, Colombia.

De la poetisa guatemalteca María del Pilar: *Onix*. México. 1939.

Obsequio de la autora. (Con ella volveremos).

Oswaldo Bazil: *La cruz transparente*. (Con un mensaje inédito de Alfonso Reyes). Editorial Tor. Buenos Aires. 1939.

Homenaje del autor. Señas: Legación Dominicana en Río Janeiro. Brasil.

*
Cerramos esta bibliografía titular con los dos siguientes títulos:

Páginas de Quito. Por Augusto Arias. Quito. 1939.

Edición del Grupo América, que la reparte. Señas: Casilla N.º 75. Quito. Ecuador.

Historieta de unas largas oposiciones en Historia. La cuenta Elías Entralgo. Habana.

(Con la curiosidad de leerla).

La acción contra el tirano: «El general Bebevidas»

— Del semanario América. Santiago de Chile, 23, setiembre, 1939 —

Pues yo enseñaré, si puedo, hasta a las piedras, a levantarse contra los tiranos de la tierra.

LORD BYRON

Hablando de Sarmiento, cuando crucificó a Facundo en su libro inmortal, yo he dicho en «El pensamiento argentino»: «Más que un libro fuera de la historia, fuera de la literatura, fuera de todas las normas artísticas al alcance del hombre, Facundo es la venganza del genio; al escribirlo, Sarmiento realizó una acción, la acción vindicatoria de un pueblo brotando por su pluma como una catarata de fuego purificador. De acuerdo con la Historia quizá Facundo no sea Facundo; y es que Facundo es algo más, como decimos. Facundo es un símbolo, el símbolo de la barbarie gaucha, del caudillismo feroz, de la tiranía que asoló a la patria durante treinta años largos, en que los civilizadores, los desbarbarizadores, como Sarmiento, tuvieron que vérselas frente a frente del opresor y dominarlo, y vencerlo a fuerza de talento y de energía...»

Y así este libro de Bedoya sobre el tirano Benavides—personificado en «El general Bebevidas»—, es también la venganza de un pueblo contra otro monstruo de América, baldón y oprobio de nuestras democracias.

Porque también este libro, más que una obra literaria, es una acción contra la tiranía. Bedoya ha encontrado el vocablo inmortal con el que pasará a la historia el bárbaro usurpador.

Y así Bebevidas dirán mañana los niños en las escuelas peruanas del futuro, cuando en una era de paz y amor evoquen al monstruo entre las lágrimas y la sangre vertidas sobre el calvario de un pueblo.

Y así Benavides, el tirano actual del Perú, quedará borrado en la historia para ser reemplazado por el monstruo Bebevidas, símbolo acertado con que el autor de este libro, de noble y necesaria venganza, dejará marcado indeleblemente al mandón insolente que al afrentar a un pueblo digno esparce hasta los confines de América el hálito pestilente que nos alcanza a todos.

Como Montalvo un día, al enterarse del asesinato de García Moreno, puede desde hoy Bedoya decir a Benavides: Mi pluma le mató.

Porque, moralmente, después de escrito el libro, ya no existe Benavides, enterrado en ludibrio y vergüenza por el escritor peruano. En cambio Bebevidas, monstruo de América, será inmortal!

ALBERTO GHIRALDO

20 libros que le interesan

B. Sanín Cano: <i>Indagaciones</i>	₡ 3.00
Pedro Prado: <i>Un juez rural</i>	3.50
Teófilo Olea y Leyva: <i>La socialización del Derecho</i> . Ensayo de una teoría general de las funciones.....	2.00
Pedro Henríquez Ureña: <i>Seis ensayos en busca de nuestra expresión</i>	3.50
Rafael Cardona: <i>El sentido trágico del Quijote</i>	3.00
Alfonso Reyes: <i>Romances del río de Enero</i>	3.00
Luis López de Mesa: <i>La tragedia de Nilse</i>	3.50
Porfirio Barba Jacob: <i>Rosas negras</i>	3.00
Roberto Gache: <i>Baile y filosofía</i>	3.00
Alberto Masferrer: <i>Las siete cuerdas de la lira</i>	2.50
Aristóteles: <i>Problemas</i> . 2 vols.....	7.00
Amanda Labarca H: <i>Historia de la Enseñanza en Chile</i> ..	5.00
Azorín: <i>Doña Inés</i>	2.00
V. García Calderón: <i>Vale un Perú</i>	3.00
R. Rivoire: <i>La ciencia de las hormonas</i>	5.00
José de la Cuadra: <i>El montuvio ecuatoriano</i>	9.50
César Uribe Piedrahíta: <i>Toá</i> (Narraciones de caucherías)...	3.00
Germán Arciniegas: <i>Diario de un peatón</i>	4.00
Pedro Emilio Coll: <i>El castillo de Elsinor</i>	3.00
Pedro Salinas: <i>Fábula y signo</i>	3.00

Con el Adr. del Rep. Amer.

Calcule el dólar a ₡ 5.00

Augusto César Sandino

— Colaboración. México, D. F. Octubre, 1939 —

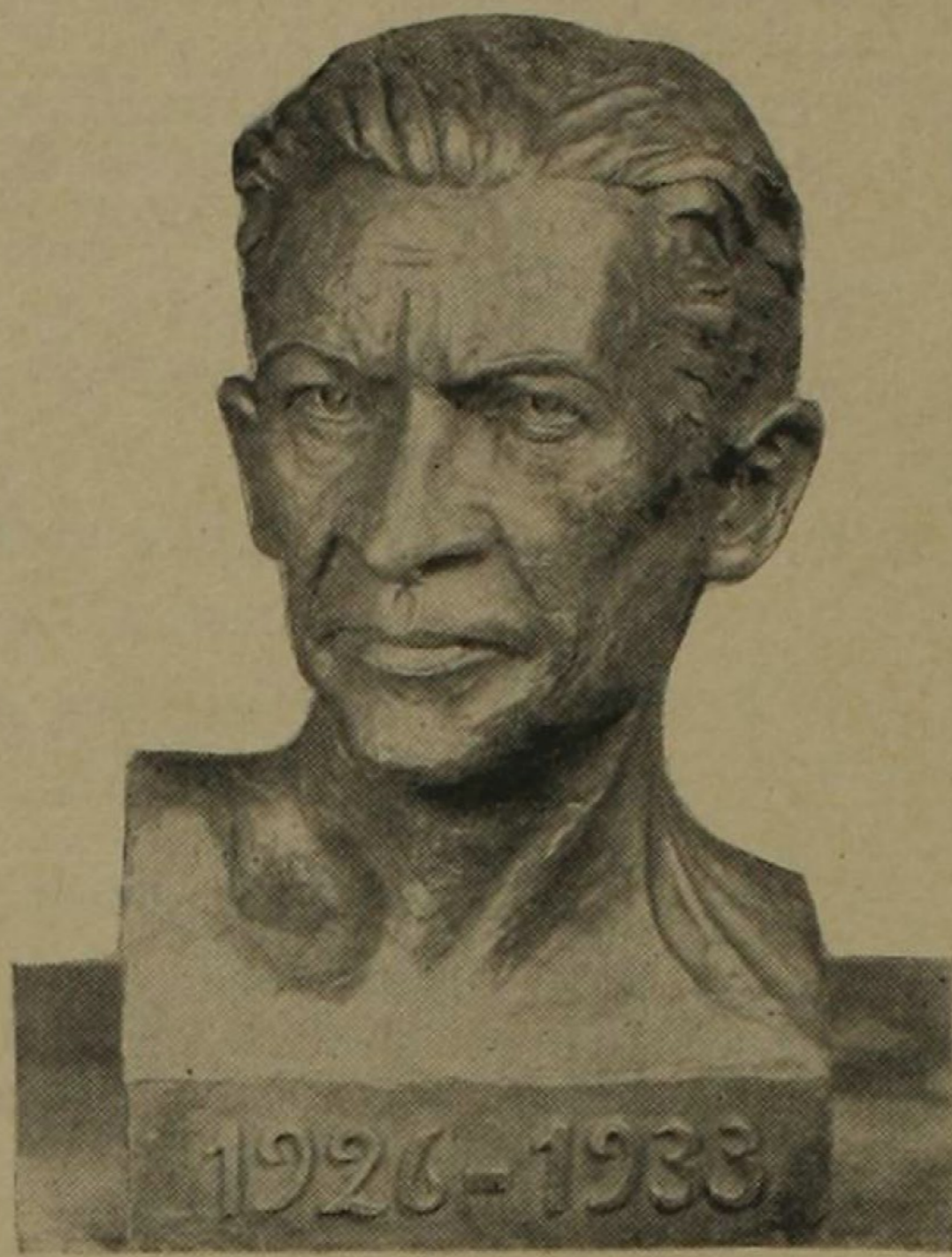
La figura indoamericana de Augusto César Sandino ofrece, en estos momentos especiales que vive el continente indoamericano, importante motivo de meditación y de estímulo. Indudablemente que la personalidad de este luchador, por razones de escenario y de relativa diminuez en la intensidad del impulso, habrá de significar poco para los acostumbrados a medir la proyección histórica en razón de la cantidad con menosprecio absoluto de la calidad. Pero tal actitud es errónea. En Sandino hay que contemplar las proyecciones trascendentes, por encima de los alcances logrados. Viéndolo así, prolongado en el gesto hacia el porvenir, es como adquiere toda su significación, y como ofrece una magnífica lección de indoamericanidad.

Las grandes empresas noticiosas han tratado de desfigurar la vida y la obra del gran antimperialista de Nicaragua. Se ha querido presentar a este auténtico héroe de nuestro Continente, como un bandolero vulgar, como un producto de las clásicas montoneras que han desahogado, en todo un siglo de contiendas fratricidas, a nuestras incipientes nacionalidades. El retrato suyo que han presentado a América no ha podido ser más desfavorable para la reputación de este recio gigante de nuestras rebeldías.

Pero, ¿han prendido esas calumnias interesadas? ¿La conciencia popular y revolucionaria de nuestras tierras ha reconocido a Sandino en esa burda representación que han hecho de su persona? De ninguna manera. Ha sucedido con nuestro héroe lo que acontece con todos: que mientras mayor es la calumnia con que pretenden denigrarlos, más se agigantan sobre el pedestal levantado en el alma de los pueblos para su gloria.

Y es que contra Augusto César Sandino, en estas tierras nuestras tan expoliadas por la voracidad insaciable de los capitalismo imperialistas, no puede haber calumnia ni intriga. Todos nuestros pueblos saben que el ideal que vertebraba toda su lucha era la causa de la liberación integral de nuestro Continente, de su liberación no sólo desde un punto de vista romántico, sino también sobre la base de la independencia económica, que es la única forma de liberación efectiva. Por eso es que su nombre integra un símbolo de grandeza moral, de ética revolucionaria, de perspectivas gloriosas para todos los que han comprendido el sentido histórico de nuestros pueblos y su destino societario dentro del conglomerado humano.

Revela una ausencia lamentable de captación y de criterio crítico, considerar a Sandino como un bandolero nicaragüense, o como un simple caudillo de insurrecciones localistas. Desde el inicio de sus luchas es un ideal de justicia el que alienta sus actos. De México parte a su país a ponerse junto al Presidente Sacasa, para contribuir a que Adolfo Díaz, «dirigente conservador», entregara el mando al primero, «su legítimo sucesor». No tenía entonces la amplitud



Augusto C. Sandino

Bronce de Roberto de la Selva

concepcional que más tarde imprime a su acción. El mismo lo dice a Alfonso Alexander: «... y yo que he sido siempre liberal y lo seré indefinidamente». Pero después, cuando el Gral. Moncada, uno de los partidarios de Sacasa, «ambicioso, cínico, amoral y sobre todo audaz», como le llamara el mismo Sandino, entra en negociaciones con los imperialistas yanquis, por medio del famoso pacto «del Espino Negro», surge el antimperialista y el luchador nicaragüense ensancha su lucha y su patria, en la dimensión del anhelo y del fervor indoamericanos.

El coronel Henry L. Stimson, «famoso brazo derecho de Hoover», compró un ambicioso y corrompido político de Nicaragua, adquiriendo un títere dócil a los caprichos del imperialismo y Sandino pensó en Panamá. Las tropas de la Marina Yanqui, expresión armada del dólar, desembarcaron en su tierra y cometieron toda clase de tropelías y excesos, y Sandino pensó en Veracruz, en Puerto Rico, en Haití y en Santo Domingo. Los banqueros de Wall Street prestaron millones de dólares al gobierno de su infortunado país, poniéndole «el lazo al cuello» con una deuda esclavizante, y realizaron la invasión de todas las fuentes de la economía nacional, y Sandino paseó su mirada por todas nuestras endebles nacionalidades y encontró lo mismo. ¡Entonces fué cuando surgió el antimperialista de acción, el indoamericano integral!

Era lo lógico. Como revolucionario auténtico, ante la constatación de un mismo hecho doloroso e injusto, a lo largo de todos los pueblos que se cuelgan de los Andes y de los del Caribe, no había otra cosa que hacer que orientar el esfuerzo en una visión de conjunto. Comprendió entonces la fuerza visionaria del «prodigioso loco de Casa-

coima». Dióse cuenta de que todos los que han estado clamando por la unidad político-económica de las veintiuna repúblicas de nuestro Continente, no son utopistas descentrados o snobistas ridículos, sino visionarios que adelantándose a la miopía vegetativa, a la abulia fatalista, a la traición consciente o a la indiferencia cómplice, encarnan la vanguardia humana de un imperativo histórico, perfectamente claro y que fatalmente camina hacia su materialización definitiva. Viendo que nuestros pueblos habían surgido de la misma entraña histórica, que sus problemas mostraban un mismo itinerario, que era el mismo dolor el que entristecía a todos, y que seguían un mismo derrotero hacia los caminos del porvenir, comprendió que era mezquindad chauvinista, ausencia de visión, aferramiento a las formas retrógradas tradicionales, no imprimir a la lucha y a la patria una dimensión continental.

Augusto César Sandino lucha desde el momento en que la crudeza de esta realidad sangrante hace crecer su pupila y su anhelo, con más vigor y con más entereza. Tenía que ser. ¡Había encontrado su camino en la Historia! ¡Ya tenía el proscenio que reclamaban su talla humana y su calidad revolucionaria!

Y no se crea que, porque su accidentada vida lo privara del reposo necesario para el logro de una sólida preparación intelectual, había confuncionismo o sectarismo radicalizante y erróneo, en la acción o en el pensamiento de Sandino.

Había en él atinada valoración de realidades y de perspectivas. No era, por ejemplo, el antiperalista arrebatado y radical que lleva su pasión por extraviados caminos. Sabía discriminar perfectamente la fuerza económica y bélica de voracidad insaciable que el imperialismo en sí representa, del pueblo sobre cuyas espaldas se ha levantado ese imperialismo. Decía: «... porque al fin y al cabo todos somos americanos y yo no tengo absolutamente ninguna clase de odio contra el pueblo sano de Norteamérica, sino contra el imperialismo absorbente de algunos políticos sajones».

Hoy, a varios años de su asesinato por la traición criolla al servicio del imperialismo que él combatiera, ha cambiado un poco el panorama. Una nueva tendencia política reclama la unión de todo el Continente Americano contra las fuerzas amenazantes de los imperialismos fascistas. Los tiranuelos de nuestros pueblos, por complacer a Roosevelt, visten disfraces democráticos, y se disponen, junto con los escasos demócratas sinceros con que contamos, a plasmar el bloque defensivo contra la amenaza fascista. Somoza se dirige a Washington a pedir desde el Parlamento Norteamericano que se realice el Canal Interoceánico de Nicaragua que Sandino quería fuese propiedad de todos los pueblos americanos. En las Antillas, se construyen bases navales y aéreas para defender el Canal de Panamá y todo el Continente, de las agresiones posibles.

¿Qué diría y haría Sandino frente a todo esto? Es aventurado hacer juicios sobre el particular. Pero la firmeza revolucionaria de este luchador insigne nos autoriza a estar convencidos de que su postura sería la más digna y la más fiel a los intereses de Indoamérica. Estamos seguros de que el sabría reclamar la participación proporcional a que tienen derecho nuestros pueblos en los trabajos que se están realizando y se

realizarán pro defensa del Continente. No se cruzaría él de brazos a dejar que los eternos tutores de nuestras nacionalidades sigan actuando con su manifiesta sub-estimación para nuestros pueblos. Sandino sería, estamos ciertos de ello, lo que fué él siempre: una voz y un gesto de indoamericanidad integral en esta hora confusa y de transición que viven nuestros pueblos.

ANGEL MIOLÁN

Tablero...

(Viene de la última página)

Correspondencia

Heredia, 13 de Octubre de 1939.

Sr. don Joaquín García Monge

San José.

Distinguido señor:

Estamos en la semana del mejor lenguaje, es decir tratando de hablar lo mejor posible, la lengua hermosa que desde el 12 de Octubre, día memorable para nuestra patria, sembraron entre nuestros antecesores.

Sabemos que usted habla y escribe muy bien por lo que pedimos por este medio nos haga el servicio de darnos algunos consejos con dicho fin. Agradeciéndole mucho, por el VI grado de la Escuela Braulio Morales.

Respetuosamente

LUZ M^a. QUESADA U.

*

18 de octubre de 1939.

Señorita Luz M^a. Quesada U.

Escuela BRAULIO MORALES

Heredia.

Mi niña: Me pide Ud. «consejos» en su carta simpática. Apenas si puedo decirles lo que sigue, para que lo reflexionen:

Cuiden la pronunciación (Ni vulgaridad, ni ignorancia). Digan, no declamen, páginas memorables, prosa y verso. Lecturas en coro.

A solas: lectura, en alta voz, oírse, oírlos, de los maestros de la lengua (Lengua viva; no olviden que el uso popular crea las lenguas. Hay escritores de lengua muerta, académica; congelados en su corrección excesiva).

Coger ideas y con ellas, las palabras correspondientes y la expresión fácil. Habla con soltura y abundancia el que sabe de lo que habla, el que tiene ideas del asunto. Sarmiento dijo de «educar nuestra lengua»; esto es, ilustrarla, enriquecerla con ideas; lecturas de libros instructivos que con su caudal aumenten a la vez el ideario y el vocabulario propios. (Esto se aparta de las listas de palabras muertas que por ahí todavía memorizan en las escuelas).

Algunos recuerdan por acá una de las tantas frases que dejó regadas el cubano don Antonio Zambrana, cuando vivió con nosotros: «Los mudos de la palabra (o algo así) lo son del entendimiento». Pensar es pesar ideas, escogerlas de donde se tienen. El escaso de ideas no tiene con qué pensar.

Dije abundancia; pero también les digo que la sobriedad en el hablar es uno de los mayores encantos del que tiene la palabra.

En la oración infantil se dice de la primera en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos; y de la segunda en la boca, para que nos libre de las malas palabras. (Sigue, y así se completa, con lo de las malas obras, algo esencial). Lo que está muy bien pensado y bien dicho.

Buenos pensamientos, sobre todo, porque por ahí se comienza. De la pulcritud interna surge el lenguaje lindo, o limpio. Canten lindas canciones. Canta? Encanta.

No imitar a otros en el habla, porque creemos que hablan muy bien. Sepamos, al estudiarlos, de qué recursos se valen para hablar o escribir bien; y no más. Cada uno hable como es. Por la palabra, el Espíritu, y éste no se enajena.

Vocabulario sencillo, familiar; el usual. No rebuscar palabras de Diccionario. ¿Para qué? Y luego, ¿cuál Diccionario?...

Con palabras usuales, muchas ideas. Redacción sencilla, clara. Lo demás es pedantería, algo muy antipático.

Palabra, cristal. Hablar para decir lo que se siente y se piensa; no para ocultarlo, a veces con mala fe.

Aprender a callar es otro ejercicio saludable. Saber callar, cuando el silencio es discreción, y no cobardía. Porque hay intemperancias en el hablar. (La mejor palabra es la que no se dice). Sobre todo si hay enojo. (Hábleme con buen modo, suele oírse).

Démele a su maestra las gracias porque se acordó de mí, pues supongo que ella fué la que les recomendó que me buscaran. Poca cosa he podido decirles. Y ya lo saben: ocúpenme, quedo a las órdenes de Uds.

J. GARCÍA MONGE

* * *

«Del todo republicanas»

A pesar de las contradicciones ideológicas, algunas de ellas bien chocantes, en que se produjo el americanismo de Pradt, (especialmente de su paradoja más chocante, suponer compatible la independencia de las naciones americanas con la sumisión absurda de las mismas a príncipes de Europa), sin embargo es de notar honradamente la circunstancia de que el Abate, en los postreros años de su vida y en sus obras últimas sobre temas americanos, abjuró tácitamente del prejuicio monár-

quico aplicable a la América, pues consta que en 23 de marzo de 1824, fecha de su segunda carta a Bolívar, había roto ya con aquel prejuicio, y en cambio, se mostraba adversario vehemente de las intrigas que los Gobiernos reales, desplegaban contra las nacientes Repúblicas de América, y entusiasta ardoroso de que estas instituciones se mantuvieran y perduraran «del todo republicanas» para preservarse de los complots que en contra de ella no dejaba de urdir «el despotismo aristocrático, supersticioso y monacal» de las monarquías europeas.

No es de extrañar, por todo ello, que se tuviera al incansable publicista como profeta y defensor máximo de la emancipación americana en Europa; y que en tal concepto se admirara al Abate De Pradt, y se le hiciera objeto de elogios, comentarios y homenajes diversos, el más extraordinario de los cuales consistió en un voto de gracias unánime tributado por el Congreso de Cúcuta, a indicación probable de Bolívar cuando éste, en 1821, fué proclamado Presidente de la República de Colombia.

(J. Conangla Fontanillos, *El Abate De Pradt y su americanismo paradójico*. Habana. 1938).

* * *

Editorial Losada S. A.

acaba de publicar los siguientes e importantes libros:

CRISTAL DEL TIEMPO

- Manuel Azaña: *La Velada en Benicarló*. (Diálogo sobre la Guerra Española). Un documento histórico de valor extraordinario..... \$ 2.50
Sigmund Freud: *Moisés y la Religión Monoteísta*. El último y más importante libro del famoso psicoanalista escrito a raíz de su destierro..... \$ 3.00
Nicolás Berdiaef: *Las fuentes y el sentido del comunismo ruso*..... \$ 3.00

AZUL Y BLANCO

- Ricardo Rojas: *Ollantay*..... \$ 4.00
Ricardo Rojas: *Un Titán de Los Andes* \$ 2.50

PANORAMAS

- Ignacio Silone: *La Escuela de los Dictadores*..... \$ 3.00

BIBLIOTECA CONTEMPORANEA

- Mark Twain: *Las Aventuras de Huck* \$ 2.00

LAS CIEN OBRAS MAESTRAS

- Góngora: *Romances y Letrillas*.....
Góngora: *Poemas y Sonetos*.....
Cada volumen, encuadernado en tela \$ 3.00

LA PAJARITA DE PAPEL

- D. H. Lawrence: *La mujer que se fué a caballo*. Con un prólogo de Guillermo de Torre y 5 ilustraciones y viñetas de A. Rossi..... \$ 3.00

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO VIVO

- Stefan Zweig: *El pensamiento vivo de Tolstoi*.....
Henrich Mann: *El pensamiento vivo de Nietzsche*.....
Volúmenes encuadernados, con retratos. Cada uno..... \$ 3.00

BIBLIOTECA FILOSOFICA

- David Hume: *Investigaciones sobre el entendimiento humano*..... \$ 3.50

Pida catálogo gratis. Adquiera estos libros en todas las buenas librerías, o en: EDITORIAL LOSADA S. A. Tacuarí 483, Buenos Aires.

EDITOR:

J. GARCIA MONGE

CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754

En Costa Rica,
Suscripción mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSÉ MARTÍ.

EXTERIOR:

EL SEMESTRE: \$ 3.50
EL AÑO: \$ 6.00 o. am.

Giro Bancario sobre
Nueva York

Tablero

(Octubre de 1939)

Registro

A mediados de agosto de 1939, estuvo en esta capital el Presidente Somoza, de Nicaragua, invitado por el de acá. Huésped oficial, pues, por una semana. Hubo la consabida Comisión de festejos al conocido huésped, mejor dicho, huéspedes; porque trajo séquito. Se gastaron los allegados al Gobierno de Costa Rica en agasajos, (banquetes, baile, picnics, etc.) su puño de plata.

(Con ₡ 50.000 disponibles, por ejplo., le hubiéramos dejado a Costa Rica 12 Bibliotecas Populares—como proyección vespertina y nocturna de las escuelas públicas—a 12 cabeceras de cantón que de libros de recreo y estudio están ayunas. Caminos de luz son los que a este pueblo ignorante y amodorrado, justamente le hacen falta!)

Por haber distribuido en calles y escuelas algunos ejemplares de la hoja que luego transcribimos, el Gobierno destituyó a doña Corina Rodríguez de Odín, maestra preocupada; entonces lo era en la Escuela República de Chile, en esta ciudad de San José.

Maestros de Costa Rica:

Un pueblo viril no debe prestarse a ninguna manifestación dirigida a encadenar a un pueblo hermano. Nuestros antepasados defendieron a Nicaragua en 1856. Hoy tenemos que defenderla una vez más.—Un pueblo, como el de Costa Rica debe ponerse siempre al servicio de principios morales indeclinables. El homenaje a Somoza no responde a esos principios—es un homenaje al crimen.

Padres y madres de los niños costarricenses; impedid que vuestros hijos sirvan para la comedia de los festejos al mandatario de Nicaragua. Llevar a un niño a rendirle tributo a un dictador es entregar a los tiranos el porvenir de Costa Rica.

Nuestro país ha sido, en el concierto americano, la nota más elevada de la democracia y la cultura. Ha sido el oasis de los hombres perseguidos por los tiranos.

Si desgraciadamente nuestro gobierno no ha podido impedir que Somoza venga a Costa Rica, la escuela costarricense debe mantener la tradición del decoro y dignidad nacionales, negándose a tomar parte en los festejos que el Comité oficial ha tenido la mala suerte de planear a favor del señor Somoza.

Costa Rica no debe rendir honores a un hombre que en Nicaragua atropella la libertad ciudadana.—No debe prestarse a la comedia en que el victimario de Sandino es la figura central.—La escuela costarricense que le tributó honores a García Flamenco, que murió por la libertad; a Juan Santamaría y Rogelio Fernández Güell, no puede tributárselos a Somoza.—Nuestra escuela ha sido considerada el seminario de la democracia y eso es lo que debe ser.—Los maestros tienen que trabajar por una humanidad más libre que la actual.—La escuela y los maestros que se levantaron para derribar el gobierno de los Tinoco no puede hacerle la venia a Somoza.

Los que no festejamos a la flota fascista no podemos festejar a Somoza.

Llevar a los niños de Costa Rica a rendir honores a un hombre que no respeta la vida de otro y que en su desesperada pasión entreguista recurre a todos los medios para encadenar a Nicaragua y a Costa Rica, es hacer de las escuelas instrumentos de perversión cívica.—Es acabar con el honor y dejar en el alma de la juventud una enseñanza trágica para los destinos de la Patria.

Llevar a los niños a saludar a un opresor y a un negociante de la soberanía, es enseñarles

a caer mañana de rodillas ante los opresores de la Patria, es prepararlos para la dictadura; es inclinarlos para que deserten de las filas de la ciudadanía y se conviertan en rebaño.

Que festejen a Somoza quienes no tienen ideales, y que las almas libres queden al margen, para lavar con su actitud decorosa los charcos de sangre y de vergüenza que irá dejando, con las huellas de sus zapatos de pretoriano, el opresor de Nicaragua.

(No hubo al fin desfile escolar; pudo más la repulsa pública que el proyecto ofensivo de la Comisión de festejos).

*

La Casa de España en México invita a Ud. a la conferencia que, sobre el tema *Las supuestas anomalías visuales de el Greco*, sustentará el Dr. Manuel Márquez el día 17 de agosto, a las 20 horas, en el Salón de la Biblioteca de la Escuela de Artes Plásticas (Calle de la Academia número 22).

ALFONSO REYES
Presidente

*

La Casa de España en México invita a usted a escuchar al poeta León Felipe, Miembro Residente de la misma, que hablará en el salón de Conferencias del Palacio de Bellas Artes, el 12 de septiembre, de las 20 a las 21 horas, sobre el contenido de su último libro inédito *Español del Exodo y del Llanto*.

ALFONSO REYES
Presidente

*

Paz armada. Neutralidad fingida

Arúspices diversos tienen profetizada la guerra para agosto. O a más tardar para septiembre; pero el sacrosanto miedo nos libraría una vez más del terrible flagelo. Seguirá sin embargo la paz armada. Para ello hay un pretexto absurdo. El desarme, el cierre de las fábricas de armas traerían una crisis peor que la guerra misma. La tensión bélica mantiene hoy ocupados en Europa a veinte millones de hombres. Ya en los ejércitos, ya en la retaguardia. Desaparecido todo peligro de conflicto, estos veinte millones de hombres se convertirían en otros tantos desocupados. Vendría una caída general de precios y con ello una catástrofe sin precedentes. Esta es la teoría de la paz armada.

¿No se podría, sin desmovilizar estos veinte millones de hombres, dedicarlos a labores provechosas para la humanidad? ¿Por qué, en vez de armas y municiones, no se construyen casas, caminos, escuelas, teatros y toda clase de elementos que elevaran el nivel de vida del hombre, y le dieran a cada cual las comodidades a que tiene derecho? Con lo que se gastó en la guerra europea y lo que se lleva despilfarrado en preparativos bélicos en estos veinte años, se habría podido regalar a cada familia europea una casa y un automóvil y recursos con que llevar una existencia feliz y tranquila. ¿Qué necesidad fatal hoy nos impele a invertir ciencia y riqueza en aparatos de destrucción, que se envejecen e inutilizan tan pronto como salen de las fábricas? ¿Habría algún día estadistas sensatos que ensayen el procedimiento de destinar al beneficio de la humanidad lo que hasta ahora ha servido para su destrucción?

Con la CENTRAL DE PUBLICACIONES S. A.

Avenida Juárez, 4. Apartado 2430. México, D. F. México. Tels. Eric. 2-59-75. y 20-838 México L-94-30, consigue Usted este semanario



En el caso de guerra, parece evidente que a Francia e Inglaterra les convendría más la intervención de España y de Italia al lado de Alemania, que la neutralidad. Los franceses están seguros de vencer a los españoles en rápida campaña, y adueñarse así de los recursos naturales del país, y de sus puertos. Por Italia, que también sería aplastada en breve plazo, se evitaría la línea Sigfried y se podría atacar a Alemania por la espalda. En cambio la neutralidad fingida sería de grande utilidad para Alemania, pues al mismo tiempo que le guardaría las espaldas, le suministraría muchos puntos estratégicos para el ataque a Francia e Inglaterra. Además de las legiones de «voluntarios» que sin duda militarían en su favor. Esto al menos es lo que dicen los estrategas informados.

(De Calibán, en *El Tiempo*. Bogotá 13, VIII, 39).

*

El poeta Kahlil Gibrán

(«El Tiempo». Bogotá, 26, VIII, 19).

Elena Laserna Pinzón ha vertido del inglés la obra del poeta oriental Kahlil Gibrán. Es un pequeño volumen finamente editado en que se resume parte de la extensa producción poético-filosófica de este escritor completamente desconocido en nuestros círculos literarios. Kahlil Gibrán no hubiera podido encontrar un introductor a nuestra lengua mejor que Elena Laserna Pinzón. Espíritu sutil, logró compenetrarse con esa atmósfera extraña, de vagos matices e insospechadas honduras filosóficas, que rodea como un halo, la poesía oriental. Por su tersura y su sensibilidad extraordinariamente delicada, esa poesía se aproxima mucho más al alma femenina que puede interpretarla de manera más fiel y más esencial.

Poesía brillante y honda, que adquiere unas veces la forma limpia de la parábola y otras la de la sentencia moral, se transparenta en ella, como en las aguas de un cristal puro, el alma compleja y sencilla al mismo tiempo de ese oriente fabuloso de donde han salido las criaturas poéticas más dulces y grandes. Elena Laserna penetró en ella, buceó en sus diáfanos fondos y regresó con las manos llenas de preciosas joyas líricas con que enriquecerse hoy nuestra propia literatura.

Elena Laserna sintetiza así la estética de Kahlil Gibrán en el breve prólogo que escribió para sus incomparables traducciones: «Armonía parece ser la síntesis de su potente pensamiento. Armonía entre la razón y la pasión, la dicha y la tristeza, el bien y el mal. Armonía en el amor entre el ser mezquino y el noble que hay en cada uno de nosotros. Armonía entre la vida y la muerte». Este pequeño volumen es, además de su admirable valor poético, un tratado de filosofía consoladora y amiga, para los espíritus estrechados por los vientos interiores de la angustia.

Con este libro exquisitamente exótico entra Elena Laserna por una puerta dorada en la literatura nacional, tan necesitada de espíritus como el suyo, cristalinos, sutiles y hondos.

(Sigue en la página anterior)